BERNARDO SHAW

DE ARMAS TOMAR

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

traducida del inglés al español por

JULIO BROUTÁ

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

DE ARMAS TOMAR

DE ARMAS TOMAR

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

BERNARDO [redacted]

traducida del inglés al español por

JULIO BROUTÁ

MADRID

B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—

1907

PERSONAJES

CATALINA.

RAÍNA.

[redacted]

UN FUGITIVO.

UN OFICIAL RUSO.

NÍKOLA.

COMANDANTE PETKOFF.

SERGIO SARÁNOFF.

BLUNTSCHLI.

BERNARD SHAW

En ninguna enciclopedia moderna, que yo sepa, se encuentra la biografía de Bernard Shaw, y, sin embargo, este es uno de los escritores más geniales y más fecundos de nuestra época. Como quiera que sus obras todavía no se han traducido al francés, en España es completamente desconocido, por lo que me creo obligado á presentarle al público haciendo preceder de algunos datos biográficos y críticos la presente traducción de la deliciosa comedia *Arms and the Man.* Habiendo adquirido el solemne compromiso de traducir en breve plazo al idioma español las obras completas de Shaw que ascienden á un respetable número de tomos, me corre prisa el publicar desde luego la serie de obras dramáticas que el autor designó con el epígrafe general *Plays, Pleasant ana Unpleasant*, por lo que tengo que dejar para más tarde la publicacion de más extenso estudio crítico y filosófico. Antójaseme que lo primero debe ser dar á conocer á Shaw al público español, divulgando las creaciones de su potente numen, cuyo análisis al lector falto de comprobantes no le podría interesar mucho ahora. Baste, pues, por hoy, con los ligeros apuntes que á continuación estampo.

Bernard Shaw nació en Dublín el 26 de Julio de 1856 como hijo de un modesto empleado.

A los 20 años de edad se trasladó á Londres con el anhelo de conquistar allí un puesto en la literatura. Empezó escribiendo cuentos y novelitas que no encontraron ni lectores ni editores. Solamente años después fué cuando la novelita *Cashel Byrons Profession* por su gran mérito empezó á llamar la atención de los *gourmets* literarios. Asqueado por los escasos éxitos de sus cuentos, Shaw decidió ingresar en el periodismo, pero las redacciones rechazaron todos sus artículos que no eran bastante superficiales para poder hallar acogida en las columnas de la prensa diaria.

Entonces Shaw abrazó el socialismo que por aquella época—hacia el 1882—estaba en auge en Inglaterra. Entusiasmado por la lectura de *El Capital*, de Marx, se lanzó con cuerpo y alma en aquellas luchas, pero espíritu independiente y perspicaz, no tardó en dudar de las doctrinas de Marx y rechazó las tradiciones del partido revolucionario. En 1884 los socialistas de la clase media, en su mayoría escritores, fundaron una sociedad llamada *The Fabian Society* que aun existe hoy día y en la que Shaw no tardó en tomar la dirección.

Trocando el principio de la revolución por el de la evolución, Shaw se esforzó en difundir poco á poco las doctrinas socialistas y en lograr para su partido una representación constitucional y parlamentaria perfecta. En el órgano de los Fabianos, la revista mensual *Our Corner*, Shaw publicó sus narraciones *Love among the Artists* y *The Irrational Knot.*

Durante doce años no dejó de agitar y aleccionar á las masas con sus discursos. Predicaba el evangelio socialista desde todos los púlpitos posibles, algunas veces también en la *British Association* y otros centros literarios y políticos.

Fué el año 1885 cuando Shaw empezó á dedicarse á la crítica literaria. Cuando más tarde los radicales fundaron el periódico *Star*, escribió en él las críticas musicales con el pseudónimo de *Corno di Basseto.*

La madre de Shaw poseía grandes dotes musicales y por ella recibió nuestro autor desde su más tierna infancia la más esmerada educación musical. El mismo dice que Mozart ejerció sobre sus creaciones dramáticas mucho mayor influjo que cualquiera de los actuales autores escénicos de Inglaterra, una afirmación que caracteriza su paradógico modo de expresarse.

Más tarde se dedicó al teatro y luchó con ahinco por Ibsen, como antes combatiera por Wagner. De 1895 á 1898 publicó en *The Saturday Review* admirables críticas teatrales que le conquistaron sólida fama y en las que trazó el programa de la propia dramaturgia. El también aspiraba á los favores y laureles de Talía pero quería, como polémicamente anunció, escribir piezas destinadas á personas mayores y dotadas de la facultad de pensar, en oposición á los engendros de sus colegas que sólo producían melodramas infantiles y hueros, incapaces de hacer vibrar la más mínima fibra intelectual. Previó las resistencias que iba á encontrar y las señaló en el prefacio del primer tomo de sus obras dramáticas. En él rechaza el calificativo de paradógico y dice:

«Mis ojos intelectuales son normales como mis corporales, por eso veo las cosas de otro modo que mis colegas.»

Las primeras obras escénicas de Shaw fueron estrenadas en el *Independent Theatre*, fundado por el conocido escritor Grein, y desataron una tempestad de controversias. A golpe de maza, no con alfilerazos, Shaw derribaba prestigios seculares á los que sustituía por valores nuevos. Fustigaba cruelmente, con sonoros chasquidos, la hipocresía y falta de convicción de una gran parte de las clases pudientes. Sus censuras levantaban ronchas, como vulgarmente se dice, y no podían agradar mucho á los por ellas alcanzados, pero todas sus piezas estaban hechas con tanto arte, sus personajes se movían con tanta naturalidad, sus asuntos eran tan pintorescos y huma-

namente interesantes, su lenguaje tan chispeante, con no escasas incursiones en el terreno de la más pura poesía ó de la filosofía más profunda, que nadie se atrevió á negar mérito á esas singulares creaciones cuyo número fué creciendo á medida de que la fama del autor alcanzaba proporciones descomunales en Inglaterra, y especialmente en Alemania, en donde las obras dramáticas de Shaw, traducidas por el excelente escritor Sigfrido Trebitsch, son hoy día de repertorio y gozan de extraordinario crédito.

Hasta hace poco, ningún periódico de España había dedicado atención alguna á la personalidad literaria de Bernard Shaw; pero últimamente he tenido el gusto de leer dos artículos firmados por los distinguidos corresponsales londinenses del *Heraldo de Madrid* y *El Imparcial*, cuyos trabajos voy á reproducir á renglón seguido, no solamente porque completan mis apuntes, sino porque corroboran cuanto digo acerca del gran valer de Shaw, y demuestran que no es un capricho mío pregonar y ensalzarlo.

He aquí lo que Leslimay escribe en el *Heraldo* del 12 de Julio corriente:

«Pío Baroja ha dicho, con razón, que Bernard Shaw es el hombre más discutido de Inglaterra. Hubiera podido añadir que es el escritor más popular del Reino Unido, especialmente en las altas esferas de la sociedad londinense. Suele decirse de él que es la paradoja personificada, y no hay tal cosa. El Bernard Shaw de hoy es el Bernard Shaw que he conocido toda mi vida: revolucionario, valiente, atrevido y sincero. Lo que suele tomarse por poradojas no es más que la expresión clara y concisa de su pensamiento.

»No se le debe juzgar por sus obras teatrales, porque un artista como él no pinta á los personajes según sus propias ideas, sino según el plan que se ha trazado y según el carácter que de antemano ha atribuído á sus héroes.

»A Shaw—pronuncien Sho, pues no le gusta que le llamen Shaf, como suelen hacerlo en el extranjero—hay que juzgarle por sus discursos políticos, por su conversación, que es la más amena que ustedes se puedan imaginar, por sus cartas y por sus obras de combate, como la que acaba de publicar el editor Constable bajo el título *Jhon Bull's other Island and Major Barbara.* En la serie de capítulos que contiene el libro se ocupa el autor del determinismo, del cristianismo y de varios de los problemas más transcendentales de nuestra época, y lo hace con su criterio de siempre, altamente revolucionario, y con una audacia que no se encuentra en ningún otro escritor de la Gran Bretaña.

»Baste decir que en el libro á que me refiero dedica algunas de sus páginas á hacer el elogio de Nakens y la apología de Mateo Morral. No cito las páginas de fuego que escribe acerca de este drama, porque no se atrevería á reproducirlas ningún diario español. Pero véase cómo las comenta uno de los escritores más revolucionarios de Inglaterra, Mister Alexis Thomson, el redactor en jefe de *Clarion*:

»No sé cómo tomarán esta atrevida defensa del regicidio los lores y las Princesas que han hecho de Shaw el ídolo *fashionable* del día. Pero el libro todo está lleno de ataques contra la sociedad. Shaw acepta su posición y usa su influencia sin retroceder, sin hacer la menor concesión á las preocupaciones de sus protectores.

»No hay país alguno en que el socialismo cuente con un propagandista de la talla de Bernard Shaw; es el más hábil, el más atrevido, el más poderoso, el más valiente de todos. Su nuevo libro, con sus tres comedias, sus artículos y sus prefacios, contiene más materia cerebral que todas las novelas populares publicadas en un año »

Deseo añadir que Bernard Shaw, lo mismo que nuestro Luis Bonafoux, es uno de los poquísimos

hombres que, así lo aspen, dice siempre lo que piensa, y lo dice de un modo *charmant*.

Tal vez por esto le tachan de paradojal. Verdad que, en nuestra época, un hombre que no sabe ni siquiera disimular sus impresiones, resulta casi una paradoja.

En el *Lunes de «El Imparcial»* del 24 de Junio próximo pasado se lee lo siguiente, escrito por Ramón Pérez de Ayala:

«En España se ignora el nombre de Bernard Shaw, y los pocos que le conocen, y que le conocen muy bien, se lo callan, por la cuenta que les tiene, y hablan en cambio de d'Anunzio ó Lavedan.

»En España se ignora el nombre de Bernard Shaw, aunque no por completo su obra, y no es paradoja, pero la explanación no viene al caso. ¿Cuáles son las causas? Múltiples é indeclinables, quiero decir que tampoco vienen al caso. Con el tiempo se llegará á hablar de él, á discutir apasionadamente acerca de él, detractores ignaros contra admiradores necios, lo propio que ha acontecido con el caso Ibsen, con el caso agudo del modernismo, con otra porción de casos. ¿Cuándo sobrevendrán estas colisiones intelectuales que osadamente predigo? Cuando el autor se haya muerto, tal vez, ó cuando haya envejecido, y siempre será á tiempo, que si él envejece, su obra, el sustantífico tuétano de su obra, está á salvo de toda ranciedad mientras haya hombres y mujeres que vivan socialmente; sus ideas, recias y aceradas, componen un á manera de puente á través de cuyos ojos transitará el caudal de la vida, más ó menos raudo, vendrán otras generaciones y el puente estará en su sitio burlando la corriente.

»Bernard Shaw es un cerebro completo; todas las esferas de la actividad inteligente giran concéntricas dentro de su espíritu, no de otra suerte que los siete cristalinos firmamentos giraban en torno de la tierra, en la inocente y hermosa cosmogonía helénica. En el catálogo de sus obras pueden verse las siguientes

partidas: *Novelas de mi minoridad*, *Obras dramáticas*, *Ensayos de criticismo filosófico*, *Política y economía*.

Lo más conocido y popular, naturalmente, son sus dramas y comedias. Cada estreno es un cataclismo espiritual en el ánimo de los oyentes. Todas las instituciones admitidas hasta ahora como necesarias para la mutua convivencia de los que Platón llamó benévolamente bípedos implumes, son zarandeadas por Bernard Shaw con espantable brío en los brazos y pérfida sonrisa en los labios. No sólo es un cíclope que se encarama en el Olimpo, amenazando con ruda guerra á los inmortales, cachazudo, sino también un iconoclasta maligno y rabioso, que despedaza, tanto las deidades que ejercen su tutela saludable sobre la ciudad, como las más íntimas y recatadas efigies lares que gobiernan la marcha del hogar, á la vera del fuego inmarcesible. Nunca la tralla satírica restalló tan fiera y agresivamente como en la mano de Shaw, ni el acento apostólico fué tan crudo y austero como su voz. Y lo más peregrino es que el público le respeta, le escucha, le ríe y hasta estoy por decir que le quiere, y es porque ese turbulento paladín de una utopia lejana sobre las golpeaduras y heridas que infiere á sus víctimas coloca un vendaje empapado, no sé si en sal ática, ó en humorismo sajón; probablemente lo uno y lo otro. Los únicos que le guardaban rencor é iracundia sin límites eran los críticos; pero como le temen, no manifestaban su mala voluntad sino de una manera vergonzante por medio de malignas insinuaciones y eufemismos insidiosos. Han sido siempre, entre los alfilerazos, los de mayor monta aquellos que tienden á desposeer á Shaw de la paternidad de sus ideas, considerándolas tomadas á préstamo, cuando no á saco, de Schopenhauer, Nietzsche, Strindberg, Tolstoy y algunos más. Pero por debajo de suspicacias y alusiones, lo que se advertía en los censores de Bernard Shaw era la envidia profesional, el crujido de la cuña de la mis-

ma madera, porque Shaw es crítico, de los críticos de buena casta, á lo Carlyle. En resolución que, como vulgarmente se dice, le tenían mucha gana los Zoilos teatrales. La situación no podía prolongarse; los arcos estaban tirantes é impacientes, y al fin partieron las flechas, silbando como energúmenos.

Ello ha sido esta semana, con ocasión del estreno de dos obras—las dos en una tarde—de Bernard Shaw: *Don Juan en los infiernos* y *El hombre del destino*. Más destemplado y clamoroso coro de grajos juro que no lo he oído en los días de mi vida. En España estamos muy hechos á las críticas personales, á la obcecación maliciosa y chispeante en el insulto, á la desvergüenza que empuña la férula é inflige bravos azotes; pero ¿qué tiene que ver todo eso con el ímpetu, la arrogancia, el desdén que despliegan cuando insultan estos hombres del Norte? «Si no fuera tan necio - decía uno de los críticos, refiriéndose á *Don Juan en los infiernos*—sería ofensivo, y una imbecilidad si no fuera tan inocente.»

Un periódico de la derecha, *The Times*, es el único que se inhibe en la fulminación del anatema «Con la debida deferencia —escribe M. Grein, su crítico de teatros —me aventuro á preguntar: ¿que les pasa á la mayoría de mis respetados *confrères*? ¿Por qué se han molestado tanto con las dos piezas de Shaw representadas en Court Theatre? *¿Quién sabe?* (en español el *quien sabe*). Lo que yo puedo decir es que no solamente me entretuvieron, sino también que me interesaron profundamente. Ignoro si es orgullo, de mi parte, ó humildad, pero yo presumo de entender á Jorge Bernard Shaw... Cuando se escucha una obra de Shaw podrá salirse del teatro perturbado por ideas extraordinarias, pero siempre con un bagaje de reflexiones... A menos que vaya abrumado por un lunch y una comida de extraordinaria consideración, nadie puede decir que las piezas de Shaw fatigan. ¿Qué importa que en las disgresiones de Shaw acerca del cielo, el infierno, la iglesia, la

te, el matrimonio (la más licenciosa de las instituciones») el sexo, etc., etc, se escuche entre líneas á los grandes filósofos de los tiempos modernos? El hombre — un verdadero hombre de originalidad—penetra á través de todo ello, y con sólo un fragmento ó una frase, nos dice más, y nos estimula más intensamente á pensar que pudieran hacerlo un centenar de obras de factura inglesa.»

Por lo que respecta á la recolección que se le supone haber hecho en los fértiles sembrados de la filosofía extranjera, él mismo se defiende donosamente en el prefacio de *El comandante Barbara*, comedia publicada uno de estos días juntamente con *La otra isla de John Bull*. Protesta Shaw — á vuelta de divinas ingeniosidades — del antipatriotismo de sus criticastros. ¿A qué tomar fuera—dice—lo que tenemos dentro de casa? ¿Originalidad, dijísteis? No solicitais floja cosa, amigos míos. La originalidad no existe: «del propio modo que un árbol no puede crecer sino dentro del aire, un hombre no puede ser completamente original».

No terminaré sin consignar que la presente traducción esta hecha directamente del inglés y tan fielmente como me ha sido posible. Nada de *adaptar á la escena española;* me ciño estrictamente al texto, doy á Shaw como es, sin cortes ni añadiduras en su encantadora y sabrosa originalidad. En lo que sí me he esforzado es en conservar la naturalidad y fluidez del diálogo y hallar los exactos equivalentes castellanos de los giros y vocablos ingleses. Juzgarás, lector benévolo, hasta dónde llega el éxito de mi intento.

JULIO BROUTÁ.

Madrid, en Julio de 1907.

ACTO PRIMERO

Dormitorio de una muchacha. Es de noche. Fin de Noviembre. Por un balcón abierto se ve un picacho del Balkan muy blanco, cubierto de nieve. La montaña parece está al alcance de la mano, aunque está muy lejos. El interior de la habitación no presenta semejanza alguna con lo que se estila en el Este de Europa; el amueblamiento es en parte ricamente búlgaro y en parte pobremente vienés. Encima de la cabecera de la cama, colocada en frente de una pared estrecha que corta diagonalmente el ángulo de la habitación, hay una alhacena de madera pintada de oro y azul, con un crucifijo de marfil, y delante de este último cuelga de tres cadenas de latón una lámpara de aceite. El asiento principal, un sofá turco, está al otro lado de la habitación, enfrente del balcón. Tanto la colcha como la alfombrilla, las cortinas de la cama y del balcón, así como todas las telas de la habitación, son de magnífica fabricación oriental. Los tapices de los muros son también orientales, pero ajados y ruines. El lavabo junto á la pared, entre el balcón y el sofá, es un aguamanil con una jofaina esmaltada y un cubo de hierro esmaltado, y una sola toalla en una de las asas. Una silla es de las llamadas de Viena. El tocador entre la cama y el balcón, es de roble ordinario y vestido de tela multicolor. Encima de él hay un espejo precioso. La puerta está cerca de la cama, y entre ésta y la puerta, hay, además, una cómoda. Esta cómoda está cubierta con un tapete búlgaro de muchos colores, y encima de ella hay un estante con novelas encuadernadas. En la cómoda hay una bombonera abierta con bombones de chocolate; un caballete pequeño con la fotografía grande de un militar muy guapo, cuya arrogancia y buena figura se adivinan por el retrato. Una vela que arde encima de la cómoda y otra encima del tocador, alumbran la habita-

ción. Una caja de cerillas acompaña la vela del tocador. El balcón está abierto de par en par, y dos ventanas de madera, que se abren hacia fuera, están también abiertas del todo.

En el balcón se halla una señorita absorta en el aspecto de las montañas nevadas. Tiene perfecta conciencia de la romántica hermosura de la noche, de la que forman parte su propia juventud y hermosura. Está envuelta en un amplio abrigo de pieles, que vale, por lo menos, tres veces lo que toda la decoración del cuarto. Sus pensamientos son interrumpidos de repente por su madre, Catalina Petkoff, jamona guapetona, de más de cuarenta años, de energía imperativa, de ojos y cabellos muy negros. Esa señora podría llamar la atención como esposa de un hacendado montañés, pero se ha empeñado en hacer el papel de una gran señora de Viena, y al efecto lleva á todas horas un traje de visita de rimbombante elegancia.

ESCENA PRIMERA

CATALINA y RAÍNA

CAT. (Entrando con alborozo.) ¡Raína, Raína!... (Acercándose á la cama creyendo encontrar en ella á Raína.) ¿En dónde te has metido, niña? (Raína mira adentro de la habitación.) ¡Por Dios, te vas á resfriar y coger una pulmonía! ¿A quién se le ocurre estar en el balcón á estas horas? ¡Y esa Louka que me decía que estabas en la cama!

RAÍNA (Entrando.) La despedí porque quería estar sola. La noche está tan poética... Pero, ¿qué pasa?

CAT. Grandes noticias... Se ha dado una batalla.

RAÍNA (Abriendo mucho los ojos.) ¡Ah, qué dices! (Tira su abrigo sobre el sofá y avanza con ímpetu hacia Catalina en traje de dormir, bonito, pero se ve que no tiene otro.)

CAT. Sí, una gran batalla cerca de Eslivnitsa. Tuvimos la victoria, y Sergio la ganó.

RAÍNA ¡Mamá, qué alegría! ¡Ah, Sergio! (Luego, de repente, inquieta.) ¡Y papá!

CAT. Sin novedad. El es quien manda la noticia. Sergio es el hombre del día, el ídolo del ejército.

RAÍNA — Cuéntame, cuéntame, mamá. (*En éxtasis.*) ¡Mamá, mamá! (*Hace sentar á su madre en el sofá y las dos se besan con pasión.*)

CAT. — (*Con entusiasmo impetuoso.*) No puedes imaginarte lo que es eso. ¡Figúrate, un ataque de caballería! Obró sin ser mandado. Por propia iniciativa ejecutó un ataque ideado sólo por él. El fué el primero que rebasó la artillería enemiga. Imagínate, Raína, cómo nuestros gallardos militares, con sus espadas y sus ojos centelleantes, se precipitaron cual alud destructor sobre los míseros servios con sus fantasmones de oficiales austriacos, y los barrieron como el vendaval se lleva el tamo de las eras. ¡Y tú que dejaste á Sergio esperar un año antes de permitirle pedir tu mano! ¡Oh, si tienes una sola gota de sangre búlgara en las venas, ahora le adorarás cuando vuelva!

RAÍNA — ¿Qué le importará ahora mi humilde adoración después de haber sido aclamado por todo un ejército de héroes? Pero no importa. Soy tan dichosa, tengo tanto orgullo... (*Se levanta y se pasea muy agitada por la habitación.*) Ahora estoy convencida de que se cumplen aún nuestros ensueños y figuraciones más atrevidas.

CAT. — (*Indignada.*) ¡Figuraciones! ¿Qué quieres decir con eso?

RAÍNA — Nuestras figuraciones de lo que un hombre como Sergio sería capaz en esta ú otra situación, nuestras figuraciones del patriotismo, del heroísmo. Un tiempo hubo en que dudé de si serían más que vanas palabras, halagüeños ensueños. ¡Oh, qué seres incrédulos y pusilánimes somos las muchachas! Cuando le ceñí la espada á Sergio, tenía él un aire de dignidad... Hice mal, lo confieso, en pensar en desengaños, bajezas y traiciones... y, sin embargo... (*Rápidamente.*) Prométeme que no se lo dirás nunca.

CAT. — No me pidas promesa antes de que sepa lo que he de prometer.

RAÍNA — Cuando me tenía abrazada y me miraba en

los ojos, se me pasó por la imaginación el pensamiento de que las ideas que tenemos del heroísmo tal vez sean debidas á que leemos tanto á Byron y Puschkin y porque nos encantó tanto este año la ópera en Bukarest. La vida real, pensé, se parece tan pocas veces á esos cuadros... Nunca, por cuanto hasta entonces la conocía... Imagínate, mamá, que dudé de él. Me pregunté si al fin todas sus facultades militares y su heroísmo no resultarían ser meras figuraciones en cuanto se viera en una batalla de verdad. Sentía un miedo desagradable de que pudiera hacer una figura desairada en medio de los inteligentes oficiales rusos.

CAT. ¿No te da vergüenza? ¡Una figura desairada él! Los servios tienen oficiales austriacos que son tan inteligentes como los nuestros rusos, y, sin embargo, los hemos batido en todas las batallas.

RAÍNA (Ríe y se vuelve á sentar.) Sí, mamaíta; he sido una prosáica mujer cobarde. Y pensar que todo es verdad, que Sergio es tan bravo y noble como lo parece, que el mundo es realmente un gran mundo para las mujeres que saben ver su grandeza y para los hombres que son capaces de traducir en hechos la poesía que encierra. ¡Qué dicha, qué indecibles realidades, mamá mía! (Se echa de rodillas al lado de su madre y la abraza apasionadamente. Las interrumpe la entrada de Louka, muchacha recia y guapetona, con un lindo traje de labradora búlgara, con un delantal bordado. Tiene aire insolente y á Raína la trata casi con descaro. A Catalina la teme, pero aun con ella se atreve á mucho. En este momento, está tan excitada como las demás, pero no comparte el entusiasmo de Raína y mira á las dos con desprecio antes de hablarles.)

ESCENA II

DICHAS y LOUKA

LOUKA — Dispense, señora, pero todas las ventanas hay que cerrarlas y atrancar las maderas. Se dice que va á haber tiros en las calles. (Raína y Catalina se levantan asustadas.) Los servios fueron rechazados por el puerto y se cree que se refugiarán en la población. Nuestra caballería los perseguirá, y el pueblo está resuelto á recibirlos como se debe, ahora que están huídos. (Va al balcón y cierra las ventanas; luego retrocede adentro de la habitación.)

RAÍNA — Quisiera que nuestra gente fuese menos cruel. ¿Qué gloria hay en matar á pobres fugitivos?

CAT. — (Cuyos instintos de mujer de su casa se despiertan.) Tengo que ver abajo si todo está en seguridad.

RAÍNA — (A Louka.) Disponga las contraventanas de modo que yo pueda cerrarlas en cuanto oiga ruido.

CAT. — (Con severidad, prosiguiendo su camino hacia la puerta.) Nada de eso, hija mía. Hay que atrancar muy bien las contraventanas. No podrías dormir si se quedaran abiertas. Louka, cierre usted bien.

LOUKA — Descuide usted, señora. (Atranca las contraventanas.)

RAÍNA — En cuanto suene un tiro apagaré las velas, me meto en mi cama y me tapo la cabeza con las mantas.

CAT. — Es lo mejor que puedes hacer. Buenas noches, niña.

RAÍNA — Buenas noches, mamá. (Se besan, y Raína vuelve á emocionarse.) Felicítame por la noche más hermosa de mi vida... si no fuera por los fugitivos.

CAT. — Anda á la camita, querida, y no pienses en ello. (Sale.)

LOUKA (En voz baja á Raína.) Si quiere abrir las contraventanas, no tiene más que empujar un poco... así. (Retira la tranca, las contraventanas se abren y luego las vuelve á cerrar.) La aldabilla está rota por arriba.

RAÍNA Bueno; usted no se meta en lo que no le importa.

LOUKA Buenas noches, que ustedes descansen. (Se retira refunfuñando.)

ESCENA III

RAÍNA

(Va hacia la cómoda y se absorbe en la contemplacion de la fotografía con sentimientos superiores á toda ponderación. No la besa ni la oprime contra su corazón, ni da señal alguna de ternura, pero la coge en sus manos y la levanta como una sacerdotisa. Contemplando el retrato.) ¡Oh, nunca volveré á ser indigna de tí, héroe de mi alma, nunca, nunca, nunca! (Vuelve á colocar con veneración el retrato en su sitio y saca una novela del estante. Pensativa la hojea, encuentra el sitio donde antes interrumpiera la lectura y lee con objeto de conciliar el sueño. Antes de abandonarse á sus ensueños, vuelve á abrir los ojos pensando en la hermosa realidad, y murmura:) ¡Mi héroe, mi héroe! (Un tiro lejano interrumpe fuera el silencio de la noche. Se incorpora sobresaltada. Suenan otros dos tiros mucho más cerca. Se asusta, salta fuera de la cama y apaga la vela de encima de la cómoda. Luego corre, tapándose los oídos con las manos, hacia el tocador; apaga también la vela allí y vuelve en la obscuridad á su cama. Nada ilumina ya la habitación, fuera de un tenue rayo delante del retrato y el resplandor de las estrellas que se ve por las rendijas de las ventanas. Suenan más tiros; muy cerca se sostiene nutrido fuego. Cuando todavía se oye el eco de la salva, las contraventanas son abiertas desde fuera, el resplandor de la luna llena la habitación, y la obscura silueta de un hombre se ve en el balcón. Luego se cierran otra vez las ventanas y la habitación vuelve á sumirse en la obscuridad. Pero ahora el silencio es interrumpido

por una respiración jadeante; luego se oye un ligero chasquido y la llama de una cerilla surge en medio de la habitación.)

ESCENA IV

RAÍNA y un FUGITIVO

RAÍNA (Arrastrándose al pie de la cama.) ¿Quién está ahí? (La cerilla se apaga.) ¿Quién está ahí? ¿Quién?

LA VOZ DE UN HOMBRE. (Cortés, pero firme.) ¡Silencio! No grite, si no, no respondo de su vida. Estése callada y no le pasará nada malo. (Oye cómo se aparta de la cama y se dirige á tientas hacia la puerta.) Cuidado con querer escaparse. En cuanto dé usted una voz, mi revólver se disparará. (Imperativo.) Encienda luz y déjese ver. ¿Ha oído? (Una pausa de silencio y de obscuridad, mientras Raína retrocede hacia el tocador. Luego enciende la vela y el misterio cesa.—Un hombre de treinta y cinco años, en estado lastimoso, manchado de lodo, sangre y nieve, se halla delante de ella. Su cinturon y la correa del estuche de su revólver cierran los harapos de su guerrera azul de oficial de artillería búlgaro. La luz de la vela sólo permite divisar que ese hombre sin lavar ni peinar es de estatura mediana, de aspecto no muy distinguido, con hombros fuertes y una nuca ancha. Su cabeza redonda está cubierta de rizos de color castaño Tiene ojos claros, vivos, azules, cejas joviales y una boca bondadosa, una nariz desesperadamente prosáica y fuerte barba. Sus pensamientos, á pesar de su situación crítica, no carecen de humorismo, sin que se descuide de ninguna posibilidad de salvarse. Reflexiona acerca de lo que puede esperar de Raína, estima su edad, su posición social, su carácter y el grado de su susto.) Dispense usted, señorita, que la estorbe, pero probablemente conoce usted mi uniforme. Si me cogen me matarán. (Amenazador.) ¿Entiende usted?

RAÍNA Sí.

FUG. Pues bien, yo no tengo gana de morir mientras lo pueda impedir. (Más amenazador.) ¡Lo entiende usted! (Cierra la puerta.)

RAÍNA (Con desprecio.) Creo que no. (Se yergue soberbia y le mira de frente, hablando patéticamente.) Hay militares que temen la muerte, ya lo sé.

FUG. Todos la temen, créame usted, todos. Tenemos el deber de vivir mientras se pueda, y si alborota usted...

RAÍNA (Interrumpiéndole vivamente.) Me pegará usted un tiro. Pero, ¿cómo sabe usted que yo temo la muerte?

FUG. Y aunque no le pegue á usted un tiro, lo pasará mal. Unos cuantos soldados entrarán en este lindo cuartito y me matarán como á una res. Yo me defenderé hasta el último suspiro. Todo se manchará de sangre. Luego, ¿tiene usted gana, en estos momentos, con ese traje, de recibir á semejante gente? (Raína se acuerda de su traje de dormir, instintivamente se sobresalta y lo ciñe más al cuerpo. El la observa y añade sin piedad.) No me diga, que apenas es presentable. (Ella se dirige hacia el sofá, y al momento él la apunta con su pistola y dice.) ¡Alto ahí! (Ella se para.) ¿A dónde va usted?

RAÍNA (Impaciente.) Quiero ponerme mi abrigo.

FUG. (Se desliza hacia el sofá y se apodera del abrigo.) ¡Quiá! El abrigo es para mí. Ahora ya procurará usted que nadie entre aquí y la vea así. Eso es un arma mejor que mi revólver. (Tira el revólver sobre el sofá.)

RAÍNA (Indignada.) No es el arma de un caballero.

FUG. Pero basta para un hombre entre quien y la muerte sólo se halla usted. (Mientras se miran mudos un momento y Raína apenas puede concebir semejante cinismo y egoismo ni aun en un oficial servio, estalla en la calle un ruido ensordecedor de tiros. La idea de una muerte inminente hace temblar la voz del fugitivo cuando añade.) ¿Oye usted? Si es que usted deja entrar á esos miserables, los recibiré tal como la estoy viendo. (Raína le mira con sumo desprecio. De repente se oyen pasos fuera, alguien se acerca á la puerta y llama rápida y violentamente. Raína, sin alientos, mira al fugitivo. Este lanza una mirada hacia el cielo como quien sabe que está perdido y, abandonando su proceder que no tenía sino el objeto de intimidar á Raína, le tira el

abrigo exclamando en tono sincero y bondadoso.) ¡Es inútil, estoy perdido! Avíese usted, que vienen.

RAÍNA (Recoge aprisa el abrigo.) ¡Oh... muchas gracias! (Se pone el abrigo; el fugitivo saca la espada y mira hacia la puerta con resolución.)

LOUKA (Llamando desde fuera.) Señorita Raína, levántese pronto y abra la puerta.

RAÍNA (Con ansiedad.) ¿Qué quiere usted?

FUG. (Con amargura.) No importa. Usted apártese de ahí. Pronto habrá acabado todo.

RAÍNA (Impulsiva.) Le ayudaré. Ocúltese pronto detrás de esa cortina. (Le coge de un pellizco de la manga y le empuja hacia el balcón.)

FUG. (Obedeciendo.) Aun hay un último destello de esperanza, si usted sabe tener calma. No olvide que de cada diez militares hay nueve tontos de nacimiento. (Se oculta detrás de la cortina, pero se asoma otra vez y dice.) Si aciertan á encontrarme le prometo á usted una lucha... vaya una lucha. (Desaparece. Raína se quita el abrigo y lo tira sobre la cama, á los pies; luego abre como soñolienta y turbada la puerta. Louka entra agitada.)

ESCENA V

DICHOS y LOUKA

LOUKA Señorita, han visto á un hombre, á un servio, trepar por la canal al balcón de usted. Los soldados le persiguen. ¡Dios mío, y qué furiosos y borrachos están! Su señora madre la manda decir que se vista en seguida.

RAÍNA (Como malhumorada de ser molestada.) Supongo que no le buscarán aquí. ¿Por qué los han dejado entrar?

ESCENA VI

DICHOS y CATALINA

CAT. (Entrando precipitadamente.) Raína, hija de mi corazón, espero no te haya pasado nada. ¿Has visto ú oído algo?

RAÍNA Sólo oí tiros. Supongo que los soldados no se atreverán á penetrar en mi dormitorio.

CAT. Los manda un oficial ruso, á Dios gracias. Conoce á Sergio. (Habla por la puerta á alguien que espera fuera.) Señor teniente, puede usted pasar si gusta; mi hija le recibirá. (Un joven oficial ruso, con uniforme búlgaro, entra con la espada desnuda, empuñada.)

ESCENA VII

DICHOS y un OFICIAL ruso

OFIC. (Con modales suaves de buena crianza y en tiesa actitud militar.) A los pies de usted, señorita. Siento infinito tener que penetrar aquí, pero hay un fugitivo oculto en su balcón de usted. ¿Quiere usted hacer el favor de retirarse con su señora madre mientras le buscamos?

RAÍNA (Impaciente.) Dispense, caballero, pero me parece que desde aquí puede usted ver que no hay nadie en el balcón. (Abre de par en par las contraventanas, de espaldas á la cortina, detrás de la que se esconde el fugitivo, y sale al balcón iluminado por la luna. Se disparan dos tiros fuera y las balas rompen el espejo detrás de Raína. Ella parpadea y respira fuerte, pero se muestra valerosa, mientras Catalina lanza un grito agudo y el Oficial, precipitándose hacia el balcón, grita: ¡CUIDADO!)

OFIC. (Hacia fuera.) ¡Con mil demonios! ¡Quién es el animal que disparó á este balcón? Si bajo le corto las orejas. (Mira un momento hacia abajo, luego se vuelve hacia Raína y trata de volver á

sus modales finos.) Señorita, dígame: ¿Pudo alguien entrar aquí sin que usted lo supiera? ¿Estaba usted dormida?

RAÍNA No, todavía no me había acostado.

OFIC. (Vuelve impaciente á entrar en la habitación.) A sus compatriotas de usted se les hacen los dedos servios fugitivos. Señorita, dispense usted estas molestias que le causé; á los pies de usted. (Saluda militarmente. Raína contesta fríamente el saludo. Se inclina delante de Catalina quien le acompaña á fuera. Raína cierra las ventanas. Se vuelve y ve á Louka quien observó toda la escena con curiosidad.)

RAÍNA Louka, no deje usted sola á mi madre mientras estén los soldados. (Louka, mira á Raína, el sofá, la cortina de un modo significativo y se sonríe con malicia. Raína lo nota, la empuja hacia fuera y cierra detrás de ella lá puerta con cerrojo, dando un portazo. El Fugitivo sale en seguida de su escondite, envaina la espada y desecha también la idea del peligro.)

ESCENA VIII

RAÍNA y el FUGITIVO

FUG. ¡Qué poco ha faltado para que yo no lo contara! Pero, en fin, parece que ya esto se arregla. ¡Señorita, como le pagaré jamás el servicio que me ha prestado! Soy su esclavo hasta la muerte. Por usted ahora siento no poder formar parte del ejército búlgaro, en vez del servio. porque sepa usted que no soy servio de nacimiento.

RAÍNA (Desdeñosa.) Sí, es usted uno de aquellos austriacos que inducen á los servios á amenazar nuestra libertad nacional y al efecto se hacen oficiales de su ejército. Nosotros los odiamos.

FUG. Pues no soy tampoco austriaco. No tiene usted, pues, necesidad de odiarme. Soy suizo, señorita, y militar de profesión. Me en-

ganché en Servia porque era el país más próximo al salir de Suiza. Sea usted generosa. Además, sus compatriotas nos han vencido hasta dejarlo de sobra.

RAÍNA ¿No fuí generosa acaso?

FUG. ¡Noble, grande, heróica! Pero todavía no estoy del todo en salvo. El peligro se alejó, pero me perseguirán toda la noche y tengo que tratar de escurrir el bulto No se enfade si me quedo uno ú dos minutos más.

RAÍNA Nada, nada. Solo siento que tenga usted nuevamente que exponerse al peligro. (Enseñando el sofá.) Tome usted asiento. (Ahoga un grito de terror al ver el revólver en el sofá.)

FUG. (Se asusta como un caballo que recibe un latigazo inesperado. Excitado.) ¡Qué susto! ¿Qué es lo que pasa?

RAÍNA ¡Su pistola de usted! Tenía que saltar á la vista del oficial ruso. ¡Su salvación es un milagro!

FUG. (Malhumorado de haber sido asustado inútilmente.) ¡Señor, asustarme por eso!

RAÍNA (Le mira provocativa y, á medida de que la buena opinión que tuvo de él disminuye, se siente más aliviada.) Siento haberle asustado. (Coge la pistola y se la alcanza) Tome usted si juzga necesario defenderse contra mí.

FUG. (Sonríe cansado, por más que entiende el sarcasmo, y coge la pistola.) Esta pistola, señorita, no protege á nadie, pues no está cargada. (Mira con despecho adentro del cañón y mete el arma en su esestuche.)

RAÍNA Pero ¿no la carga usted?

FUG. No tengo municiones. ¿De qué sirven los cartuchos en una batalla? Yo siempre cargo mis armas con bombones de chocolate y hace un minuto me comí el último.

RAÍNA (Indignadísima en sus altos conceptos del valor viril.) ¡Chocolate!... ¡Se llena usted los bolsillos de golosinas como un niño de la escuela, para ir á la guerra!

FUG. (Con hambre.) Ojalá tuviese yo ahora un bolsillo lleno. Pero sí, sí, que te quiero morena. (Vuelve el forro de sus bolsillos.)

RAÍNA (Le mira fijamente, incapaz de dar expresión á sus sentimientos. Luego se precipita hacia la cómoda y vuelve presurosa, con la bombonera en manos.) Tome usted. Siento haberme comido algunos, pues la caja estaba llena. (Le ofrece los bombones.)

FUG. (Arrobado.) Es usted un ángel, un ser divino, (Se atraca ávidamente.) ¡Bombones de crema, bombones de licor! ¡Qué ricos, qué deliciosos! (No deja ni uno, luego prosigue enternecido.) ¡Dios la bendiga, señorita!—Por el contenido de su cartuchera puede usted juzgar á los militares. Los jóvenes llevan cartuchos, los viejos vituallas. (Le devuelve la caja vacía. Ella indignada la arroja al suelo. El se intimida de nuevo, como temiendo azotes.) Por Dios, señorita, no sea usted tan brusca. Parece que ahora se quiere usted vengar de que antes tanto la asustara.

RAÍNA (Grandiosa.) ¡Asustarme á mí! Sepa usted que mi corazón, aunque no soy más que una muchacha, tiene más valor que el suyo.

FUG. Lo creo. Pero no ha estado, como yo, tres días seguidos en la pelea. Dos días aun lo aguanto, pero nadie aguanta tres. A mí no me digan. Estoy yo ahora nervioso como un ratón. (Se sienta en el sofá y apoya la cabeza en la mano.) ¿Quiere usted verme llorar?

RAÍNA (Indignada.) No señor.

FUG. Pues si lo quisiera usted, no tendría más que regañarme como á un niño. Si estuviese ahora en el campamento podrían burlarse de mí.

RAÍNA (Un poco conmovida.) Me da usted lástima. No le regañaré. (Al oir su voz simpática el Fugitivo levanta la cabeza y la mira agradecido. Ella se aparta y dice algo tiesa.) Usted dispense, pero nuestros soldados tienen otra manera de ser. (Se levanta del sofá.)

FUG. Quiá, no lo crea usted. Además, no hay sino dos clases de militares: jóvenes y viejos. Yo llevo el uniforme ya desde hace catorce años; la mayor parte de los militares búlgaros, cuando empecé, no habían ni olido la pólvora. Sin embargo, nos han vencido.

¿Cómo ha sido posible eso? Pues sencillamente, por su completa ignorancia de la estrategia, nada más. (Con desprecio.) Nunca he visto una cosa más idiota que aquello.

RAÍNA (Con ironía.) ¿De modo que fué cosa idiota batirles á ustedes?

FUG. Escuche usted. ¿Cree usted que está conforme al arte militar lanzar un regimiento de caballería contra una batería de fuego rápido? Era buscar una muerte segura si los cañones se disparaban. Allí no escapaba ni una rata. No podía creer á mis ojos cuando ví aquello.

RAÍNA (Se vuelve vivamente hacia él, porque todo su entusiasmo y sus ensueños de gloria amenazan desvanecerse.) ¿Ha personado usted la gran carga de caballería? ¡Oh, cuénteme algo de ello; hágame una descripción de tan hermosa operación!

FUG. ¿Usted no habrá visto nunca una carga de caballería, verdad?

RAÍNA ¿Dónde podía yo haber visto cosa semejante?

FUG. Claro está. Pues es una cosa graciosa. Es como si se echara un puñado de garbanzos contra el cristal de una ventana. Primero viene uno, luego en seguida dos ó tres, y de golpe y porrazo todos los demás.

RAÍNA (Abre los ojos, se levanta y junta las manos con entusiasmo.) Sí, primero uno, el más valeroso de los valerosos.

FUG. (Prosáico.) Vaya, yo quisiera que viese usted los esfuerzos que hace el pobre para retener su caballo.

RAÍNA ¿Por qué quiere retener su caballo?

FUG. (Impaciente por la pregunta tonta.) Porque el caballo se desbocó. ¿Usted cree que el desgraciado jinete tenía empeño en llegar el primero, para ser matado el primero? Luego vienen los demás, todos. Los jóvenes con impetuosidad é inconsciencia, los de edad madura jibosos y encogidos; saben que son carne de cañón y que es inútil querer luchar. La mayor parte de las heridas son rótulas

rotas á consecuencia del choque de los caballos entre sí.

RAÍNA — Pero ¡qué dice usted! ¡Eso es terrible! No lo puedo creer. No, no creo que el jinete primero y más rápido sea un cobarde, creo que es un héroe.

FUG. — (Bonachón.) ¿Qué diría usted si hoy precisamente hubiese usted visto al primer jinete en aquella carga?

RAÍNA — (Sin aliento, perdonándole todo.) ¡Ah, ya lo sabía yo! Cuénteme, cuénteme de él.

FUG. — Se comportó como un tenor de opereta, era un tipo ordinario, pero guapito con ojos relucientes y bigote soberbio, eso sí. Literalmente aullaba al dar las voces de mando y atacaba con el valor indomable que don Quijote mostrara contra los molinos de viento. Pudimos reirnos en sus barbas de tan cerca como se puso. Pero cuando vino corriendo el cabo, pálido como una camisa, y nos dijo que por equivocación traíamos cartuchos de fogueo y que en los diez primeros minutos no podríamos hacer ni un disparo útil, ¡qué pronto se nos quitó la risa! En toda mi vida sentí impresión tan desagradable, y eso que me he visto ya en muchas situaciones malas. No tenía ni siquiera un cartucho de revolver, sólo tenía bombones y caramelos, no teníamos proyectiles de ninguna clase... nada, nada. Excuso decir que nos hicieron trizas. Y aquel Quijote venía avanzando con ademanes de tambor mayor creyendo estar llevando á cabo la acción más brillante del mundo, cuando en realidad merecía haber sido llevado á un consejo de guerra. ¿Dónde se ha visto cosa más absurda? De todos los locos que hayan pisado un campo de batalla fué él el peor. El y su regimiento cometieron sencillamente un suicidio... pero el arma falló.

RAÍNA — (Profundamente herida, pero constante en sus ideales.) ¿Le parece á usted? Y diga, si usted le viera, ¿le reconocería?

FUG. — Ya lo creo. Nunca se me olvidará esa cara.

RAÍNA (Vuelve á la cómoda, mientras él la mira tímido y ávido, con la vaga esperanza de que aún quedarán más bombones. Coge el retrato y se lo presenta.) Este es el retrato de aquel jinete, del patriota y héroe, que es mi novio.

FUG. (Muy asustado al ver el retrato.) ¡Ah, sí, es él! ¡Dios mío! ¿por qué habré hablado? Ya me hubiese usted podido avisar á tiempo. (Mira el retrato.) Ya lo creo que es él. (Reprime con trabajo la risa.)

RAÍNA (Con viveza.) ¿Por qué se ríe usted?

FUG. (Avergonzado, pero siempre alegre.) Le aseguro que no me he reído. Por lo menos no tuve la intención. Pero cuando me acuerdo de cómo asaltaba los molinos de viento y creía ejecutar la hazaña más gloriosa del mundo, no puedo reprimirme. (Se ríe vehementemente.)

RAÍNA (Con severidad.) Venga ese retrato.

FUG. (Con sincero arrepentimiento.) Tome. Dispénseme Lo siento verdaderamente. (Ella besa el retrato con fervor y le mira de frente antes de volverlo á colocar sobre la cómoda. El sigue detrás de ella continuando sus excusas.) Dispénseme. Mire usted, después de todo, tal vez yo no le aprecie en su justo valor. Es muy probable. No es imposible que por algún conducto él supiera lo de los cartuchos y jugara sobre seguro.

RAÍNA Eso quiere decir que es un embustero y un cobarde. Por lo menos antes no decía usted eso de él.

FUG. (Con un ademán de desesperación cómica.) Nada, la enmiendo. Veo, señorita, que desde el punto de vista profesional, no logro arreglar el asunto. (Cuando se vuelve para ir hacia el sofá se oyen de nuevo tiros lejanos.)

RAÍNA (Con severidad al ver que escucha con atención.) Mejor para usted

FUG. (Volviéndose.) ¿Pues?

RAÍNA Usted es mi enemigo y á merced mía. Que es lo que tendría yo que hacer. . desde el punto de vista profesional.

FUG. ¡Ah, sí, tiene usted razón! Usted siempre tiene razón. Yo sé lo que ha hecho por mí

y lo que le debo. Eso nunca se olvida. Hasta mi último suspiro me acordaré de sus bombones tan ricos. No se comportó usted militarmente, pero sí tan angelicalmente.

RAÍNA (Con frialdad.) Gracias, caballero, pero ahora quiero obrar militarmente. No puede usted permanecer aquí ni un momento más después de lo que ha dicho de mi futuro esposo. Lo único que puedo hacer por usted es mirar desde el balcón si hay algún peligro en que baje por allí á la calle. (Sale al balcón.)

FUG. (Cambiando de tono.) ¡Algún peligro, dice usted! ¡Pero qué cosas tiene usted, señorita! ¿Cómo puede usted hablar así? ¡Por Dios! ¡Yo bajar á la calle por el balcón! La idea sola me marea, me causa un vértigo atroz. Pude subir sin demasiada dificultad, con la muerte á las espaldas, pero ahora, á sangre fría, volver á las andadas... Vamos, no me conoce usted. (Se deja caer sobre el sofá.) Soy completamente incapaz de hacer lo que usted pide, estoy rendido, estoy perdido. Llame usted gente, haga de mí lo que quiera. (Apoya la cabeza en sus manos presa de inmenso cansancio y abatimiento.)

RAÍNA (Desarmada por la compasión.) Venga usted, no pierda usted el ánimo. (Se inclina casi maternalmente hacia él y él menea la cabeza.) Hombre, hombre, es usted un pobre guerrero, un soldado de chocolate. Vamos, no se apure. Tenga usted resolución. Menos valor hay que tener para bajar á la calle por el camino que le indico que exponerse á ser hecho prisionero. Reflexione.

FUG. (Con sueño y arrullado por la voz de Raína.) ¡Qué! El cautiverio sólo significa la muerte, y la muerte es sueño. ¡Oh, dormir, dormir, dormir tranquilo! El trepar abajo por la canal significa emprender algo, exponerse á azares, pensar... ¡No, mil veces antes la muerte!

RAÍNA (Con dulzura y extrañada de su cansancio.) ¿Tanto sueño tiene?

FUG. Desde que entré en el servicio no he dormi-

do dos horas seguidas. Formaba parte del Estado Mayor. Usted no sabe lo que es eso; no he pegado los ojos desde hace cuarenta y ocho horas.

RAÍNA (Apurada.) ¡Dios mío! ¿y qué voy yo á hacer con usted?

FUG. (Se levanta con presteza, impresionado por la desesperación de ella.) Sí, tengo que hacer algo. (Se sacude, se recoge y habla con firmeza y valor.) Con sueño ó sin él, con ó sin cansancio, con ó sin hambre, siempre es dable hacer una cosa cuando es preciso que se haga. Pues bien, bajaré por la canal. (Se sacude el pecho con las manos.) ¿Lo oyes, soldado de chocolate? (Va hacia el balcón.)

RAÍNA (Inquieta.) ¿Y si se cae usted?

FUG. Entonces dormiré como si los adoquines fuesen un blando lecho. Quede usted con Dios. (Se acerca al balcón y pone la mano á la aldabilla, cuando resuena otra salva terrible.)

RAÍNA (Precipitándose hacia él.) ¡Quédese usted! (Le agarra sin reparo y le hace retroceder.) Si no, le matarán.

FUG. (Con frialdad, pero cortés.) Son gajes del oficio. No tengo más remedio que esperar mi suerte. (Decidido.) Haga usted el favor de hacer lo que le digo: apague las velas para que no se vea luz al abrir yo las contraventanas y aléjese usted del balcón, suceda lo que quiera. Cuando me vean dispararán con toda seguridad.

RAÍNA (Arrimándose á él.) Le tienen que ver á la fuerza, pues la luna brilla con claridad extraordinaria. Quiero salvarle. Pero, ¿cómo puede usted tener esa calma? ¿No quiere usted que le salve?

FUG. No quisiera molestarla más. (Ella en su impaciencia le sacude.) No crea usted que me empeño en morir, pero para mí no hay salvación posible.

RAÍNA Ante todo apártese del balcón, se lo suplico. (Le empuja hacia el centro de la habitación, él obedece sumiso; ella le suelta y habla en tono de protección.) Sepa usted que puede fiarse en la hospitali-

dad de esta casa. Usted no sabe en qué casa se halla: ¡en la de los Petkoff!

FUG. (Ingénuo.) Y, ¿qué son los Petkoff?

RAÍNA ¿Los Petkoff? ¿No lo sabe usted? La familia más rica y más considerada de nuestro país.

FUG. ¡Ah! sí, sí. Claro, los Petkoff. ¡Qué cabeza la mía!

RAÍNA Sé perfectamente que hasta este momento no había usted nunca oído mencionar ese nombre. ¿Por qué finge usted conocerlo?

FUG. Dispense, señorita. Estoy demasiado cansado para pensar. El cambio de conversación me atontó por completo. No me regañe.

RAÍNA Es verdad... lo había olvidado... podría usted sino empezar á llorar. (Él menea serio la cabeza como afirmando, ella se pone mohína, luego prosigue en tono protector.) Sólo quiero decirle que mi padre ocupa en el ejército búlgaro el puesto más alto. (Con orgullo.) ¡Es comandante!

FUG. (Hace como que esto le ha hecho una impresión grande.) ¡Comandante! ¡eh! Como quien no dice nada.

RAÍNA Ha demostrado usted gran ignorancia cuando juzgó necesario escalar este balcón. Nuestra casa es la única casa particular con balcón en el piso. En el patio hay una escalera por la que se puede subir y bajar.

FUG. ¡Qué me dice usted! ¡Una escalera! ¡Sabe usted, señorita, que vive usted en medio de un lujo asiático!

RAÍNA ¿Sabe usted lo que es una sala biblioteca?

FUG. ¡Una sala biblioteca, toda una sala llena de libros!

RAÍNA Pues tenemos una, la única en toda Bulgaria.

FUG. ¿Será verdad? ¡Una verdadera biblioteca! Eso sí que quisiera yo verlo.

RAÍNA (Con amabilidad.) Todo eso se lo digo, para demostrarle que se halla entre gente civilizada, no es casa de rudos y bárbaros campesinos que le matarían en cuanto vieran su uniforme servio. Todos los años mis papás y yo vamos á Bukarest durante la tempora-

da de la ópera, y he pasado un mes entero en Viena.

FUG. Me lo figuré desde luego. Bien se nota que conoce usted el mundo.

RAÍNA ¿Ha visto usted alguna vez la ópera *Hernani*?

FUG. ¿Es aquella en que hay un coro de soldados y un diablo vestido de terciopelo encarnado?

RAÍNA (Con desprecio.) ¡Qué ha de ser!

FUG. (Lanzando un profundo suspiro de cansancio.) Entonces no sé.

RAÍNA Creí que tal vez recordara usted la gran escena en la que Hernani huyendo de sus perseguidores—lo mismo que usted esta noche—se refugia en el castillo de su mayor enemigo, un anciano grande de Castilla. Este noble caballero se negó á entregarle; su huésped era sagrado para él.

FUG. (Vivamente, despertando algo.) Sus compatriotas de usted, ¿se han asimilado ese concepto?

RAÍNA (Con dignidad.) Mi madre y yo comprendemos ese «concepto» como usted se expresa, y si en vez de amenazarme con su pistola, se me hubiese usted presentado sencillamente como fugitivo confiado en nuestra hospitalidad, hubiera usted estado aquí en seguridad como en su propia casa paterna.

FUG. ¿Tan seguro? Parece mentira.

RAÍNA (Le vuelve indignada la espalda.) Vaya, es inútil hablarle á usted de ciertas cosas.

FUG. No se enfade. Ya ve usted que para mí sería fatal si hubiese alguna equivocación. Mi padre precisamente es un hombre muy hospitalario, como que es dueño de seis grandes hoteles, pero no sé si podría fiarme de él hasta ese punto. ¿En dónde está su señor padre de usted?

RAÍNA Está fuera, en Eslivnitsa, para pelear por su patria. Pero garantizo su seguridad de usted. Le doy la mano y mi palabra. ¿Basta eso? (Le tiende la mano.)

FUG. (Mirando su propia mano con desconfianza.) Es mejor que no toque usted mi mano, señorita, tendría que lavármela antes.

RAÍNA Eso está muy bien. Veo que, á pesar de todo, es usted un hombre de mundo.

FUG. (Confuso.) ¿Cómo?

RAÍNA No se crea usted que estoy sorprendida. Los búlgaros de posición decente también nos lavamos casi á diario las manos. Estimo su delicadeza, pero puede usted darme la mano. (Le ofrece otra vez la mano.)

FUG. (Le besa la mano poniéndose las suyas detrás de la espalda.) Mil gracias, señorita, mil gracias. Ahora me siento seguro. Tenga usted la bondad de avisar á su señora mamá, pues no está bien que yo siga á solas con usted aquí.

RAÍNA Con mucho gusto. Pero estése usted quieto y callado mientras voy á buscarla.

FUG. Descuide. (Se sienta en el sofá, Raína va hacia la cama, coge el abrigo de pieles y se lo pone. A él se le cierran los ojos, ella se adelanta hacia la puerta, echa una última mirada hacia él y ve que está para dormirse.)

RAÍNA (En la puerta.) ¡Supongo que no va usted á dormirse ahora! (El balbucea sonidos inarticulados ella le sacude y exclama:) Vamos, despierte usted. Se está usted durmiendo.

FUG. ¡Yo, quiá! Nada de eso. Solo estaba reflexionando. Ya estoy despierto del todo.

RAÍNA (Severa.) Hágame el favor de estarse de pie hasta que vuelva yo. (El se levanta con pocas, ganas.) Todo el tiempo, ¿entiende?

FUG. (Intranquilo, vacilando.) Bueno, bueno, descuide. (Raína le mira incrédula; él se sonríe débilmente y reprime un bostezo. Raína sale.)

FUG. Dormir, dormir, dormir, dormir, dor... (Las palabras se atenúan cada vez más hasta ser un débil murmullo; se endereza de repente á punto de caer.) ¿En dónde estoy? Quisiera saberlo. Tengo que estar despierto. Nada me puede tener despierto sino el peligro. Peligro, peligro, peligro, peli. . (Cabecea otra vez y se vuelve á enderezar bruscamente. ¿Dónde hay peligro? Tengo que averiguarlo. (Lanza una mirada fija en torno suyo, como buscando un peligro.) ¿Qué es lo que busco? Sueño, peligro... no sé. (Se tamba-

lea hacia la cama.) Ya lo encontré, todo se arregló, estoy para ir á la cama... pero no para dormir... no, no para dormir... para dormir, de fijo, no... por causa del peligro. Mejor será que no me eche, solo me sentaré. (Se sienta sobre la cama y en seguida su cara toma una expresión de beatitud.) ¡Ah!... (Con un suspiro gozoso cae de bruces sobre la cama, levanta con un último esfuerzo sus piernas cubiertas con botas altas para que entren también en la cama y cae en sueño profundo. Entra Catalina seguida de Raína)

ESCENA IX

El FUGITIVO, RAÍNA y CATALINA

RAÍNA (Mirando el sofá.) Se ha marchado. Aquí le dejé.

CAT. ¿Aquí? Pues entonces habrá bajado por el balcón.

RAÍNA (Viéndole, asustada.) ¡Jesús!

CAT. (Indignada.) ¿Qué es eso? (Se precipita hacia la cama, Raína la sigue y se queda parada al otro lado de la cama.) ¡Qué desahogo! ¡Se ha quedado dormido!

RAÍNA (Inquieta.) Calla, déjale.

CAT. (Sacudiéndole.) Señor. (Sacudiéndole más fuertemente.) Caballero. (Más aun.) ¡¡¡Caballero!!!...

RAÍNA (Precipitándose en los brazos de su madre.) Déjale, mamá, el pobrecito no pudo más.

CAT. (Le suelta y mira á Raína con extrañeza.) ¡El pobrecito dices! Raína, no te entiendo. (El Fugitivo ronca.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Á 6 de Marzo de 1886. El bonito jardín del comandante Petkoff, delante de la casa, en una hermosa mañana de primavera. Más allá de la valla surgen las puntiagudas torres de dos mezquitas. Allá abajo, en la planicie, se ve una pequeña población. Unas millas más allá se eleva la sierra de los Balkanes. A la izquierda está la casa que comunica con el jardín por una pequeña escalera de piedra. A la derecha un corral cerrado por alambrado. A lo largo de la valla y de la casa hay arbustos frutales, en los que hay tendida ropa blanca á secar. Un sendero viene hacia la casa y se desvía hacia la derecha, perdiéndose de vista. En el centro hay una mesa pequeña con dos sillas de roble. Encima de la mesa está el desayuno, una cafetera turca, tazas, panecillos, etc. Las tazas fueron ya usadas, y de los panecillos hay algunos empezados. Cerca del muro, á la derecha, hay un banco rústico de madera.

Louka, fumando un cigarrillo, está entre la mesa y la casa, y con iracundo desprecio vuelve la espalda á un sirviente masculino. El está reconviniéndola. Es un hombre de unos treinta y y tantos años, flemático y sin escrúpulos, pero listo y práctico. Es un frío calculador sin ilusiones, pero cumplidor de sus obligaciones, mientras le tiene cuenta. Lleva el blanco traje búlgaro, guerrera con trenzas de color, zaragüelles anchos, turbante y polainas adornadas. Su cráneo está afeitado hasta la coronilla, dándole un aire japonés por lo alto de su frente. Se llama Níkola.

ESCENA PRIMERA

LOUKA y NÍKOLA

NÍK. No hay que darle vueltas, hija. Estás equivocada. Créeme, tienes que cambiar en tu manera de ser; si no, te saldrá mal. Conozco á la señorita como si la hubiese parido. Es un decir. Tiene demasiado orgullo para que una sirviente se le ponga de frente. Tú harás lo que quieras, pero verás cómo á la primera ocasión te pone de patitas en la calle.

LOUKA Pues yo le hago frente. Me cisco en ella. ¿Qué tengo yo que temer?

NÍK. No seas tonta. Mira, si riñes con los señoritos, no puedo casarme contigo. Es como si riñes conmigo.

LOUKA ¿Es decir que te pones de su parte contra mí?

NÍK. Yo sé lo que me hago. Sé que siempre dependeré de la buena voluntad de nuestros amos. Si dejo el servicio para abrir una tienda en Sofía, la parroquia de ellos y sus amigos significará para mí más de la mitad de mi fortuna. Una palabra de ellos me puede hundir.

LOUKA Tú no tienes lo que hay que tener. ¡Ya quisiera yo ver que dijesen algo contra mí!

NÍK. (Compasivo.) Creía yo, hija, que eras más lista que todo eso. Pero eres joven, muy joven.

LOUKA Sí, muy joven, muy jovencita. Por eso me quieres tanto. ¿No es eso? Pero á pesar de lo joven que soy, conozco yo secretos de familia que no quieren ellos que se hable de ellos. Nada, nada. ¡Que se atrevan conmigo!

NÍK. (Con compasiva superioridad.) ¿Y sabes lo que harían si te oyesen hablar así?

LOUKA ¿Pues qué?

NÍK. Te despidirían por calumniadora. ¿Quién te creería de aquí en adelante, quién te daría una colocación? ¿Quién en esta casa se atrevería á hablar contigo? ¿Y cuánto tiem-

po se quedaría tu padre de colono de la finquita aquella? (Ella arroja con despecho su cigarrilo y lo pisa.) Eres una niña boba. No sabes el poder que tienen esos señores en cuanto nos atrevemos á chistar. ¡Pobres de nosotros! (Se arrima mucho á ella y habla más bajo.) Mírame á mí. Hace más de diez años que sirvo en esta casa. ¿Crees que no conozco secretos? ¡Sé yo cosas de la señorita!... ¡Ni por todos los tesoros del mundo quisiera ella que los supiese su marido! Y sé yo cosas de él que antes le aspan de que los diga á su mujer. Sé yo cosas de la señorita Raína... ¡Bendito Dios, si yo hablara, cualquier día se casa ella con el señorito Sergio!

LOUKA Caramba, ¿cómo sabes todo eso? Nunca te he hablado de ello.

NÍK. (Abriendo mucho los ojos.) ¡De modo que ese es tu secreto! ¡Vamos, vamos, ya me lo figuraba yo! Te repito, no seas tonta. Compórtate con respeto, y precisamente ahora déjala entender á la señorita que no importa que sepas algo y que puede estar confiada en que sabes callar y eres fiel á tus amos. Eso es lo que les gusta, y así es como se saca algo. Lo demás es música, créeme.

LOUKA (Con desprecio.) Tienes un alma de esclavo, Níkola.

NÍK. (Alegre.) Conforme. Eso es el secreto del éxito en el servir. (Se oye llamar ruidosamente con golpes en la puerta ancha de la calle.)

VOZ MASCULINA (Desde fuera.) Vamos, Níkola. ¿Acabarás por abrir?

LOUKA Es el señorito,—¡quien regresa de la guerra!

NÍK. (Vivamente.) ¡Conque se ha acabado la guerra! Pues date prisa, hija, y trae café. (Se precipita á abrir la puerta.)

LOUKA (Recogiendo la cafetera y las tazas y llevándose todo en una bandeja dentro.) Nunca harás de mi un alma de esclavo.

(Viene el comandante Petkoff, seguido de Níkola. Es un hombre de movimientos bruscos, jovial, insignificante y sin instrucción, de unos cincuenta años. De por sí, sin ambición, cuidándose solo de sus rentas y

su importancia en la población; está muy contento con su rango militar, que le fué otorgado como á persona principal de la población. La fiebre patriotera provocada por el ataque de los servios se le había contagiado, pero está muy satisfecho de verse otra vez en casa.)

ESCENA II

El COMANDANTE PETKOFF y NÍKOLA

PET. (Tocando la mesa con su fusta de montar, con la que antes llamó á la puerta.) ¿Ya terminó el desayuno?

NÍK. Sí, señorito; las señoritas acaban de retirarse.

PET. (Se sienta á liar un cigarrillo.) Entra y dí que he venido. Luego, tráeme café.

NÍK. Ya lo pedí al oirle á usted venir. (Se vuelve hacia la casa, de la que sale Louka con la cafetera y tazas, un mantel limpio y una botella de coñac.) ¿La avisaste á la señorita?

LOUKA Sí; viene en seguida. (Níkola entra en la casa. Louka coloca el café en la mesa.)

ESCENA III

PETKOFF y LOUKA

PET. Buena pieza, sigues aquí. Por lo visto no te han raptado los servios.

LOUKA No, señorito.

PET. Bien hecho. ¿Me has traído coñac?

LOUKA (Colocando la botella en la mesa.) Aquí está, señorito.

PET. Perfectamente. (Echa unas gotas de coñac en su café.)

(Catalina, en tocado muy somero, sale de la casa. Lleva un delantal búlgaro encima de un vestido en un tiempo, magnífico, pero ahora muy pocho. Un paño

colorado envuelve su negra y espesa cabellera. No lleva medias y calza babuchas turcas. A pesar de todo es una mujer guapetona. Mira con extrañeza á su alrededor. Louka vuelve á entrar en la casa.)

ESCENA IV

PETKOFF y CATALINA

CAT. ¡Pablo! Vaya una sorpresa. (Se abrazan.) ¿Pero te han traído café?

PET. Descuida, hija mía, ya lo trajo Louka. La guerra se acabó, el tratado se firmó hace tres días en Bukarest, y ayer se dió la orden de desarme para nuestro ejército.

CAT. (Saltando de gusto.) ¿Con que se acabó la guerra? ¡Ay, Pablo! ¿Es acaso que los austriacos os han obligado á hacer la paz?

PET. Hija, á mí nadie me ha consultado. Lo único que procuré es que el tratado fuese honroso. Está asegurada la paz.

CAT. (Ofendida.) ¡La paz!

PET (Tratando de suavizarla.) Sí, la paz; pero nada de relaciones amistosas, no te lo figures. Ellos querían poner eso de las relaciones amistosas en el tratado, pero yo insistí en qne se borrara. ¿Qué podía hacer más?

CAT. Hombre, hubieses podido siquiera anexionar á Servia y proclamar al príncipe Alejandro emperador de los Balkanes. Si estoy yó allí eso es lo que hago.

PET No lo dudo, hija mía. Pero antes hubiese tenido que conquistar y subyugar todo el imperio austriaco, y eso me hubiese tenido alejado de tí por demasiado tiempo. Te echaba muy de menos.

CAT. ¡Pablo mío! (Se abrazan.)

PET Cuéntame. ¿Cómo te ha ido en todo ese jaleo?

CAT Pues bien, quitando mis acostumbrados dolores de garganta Ya sabes, en cuanto me enfrío lo más mínimo.

PET. (Con convicción,) No te extrañe. Tienes la ma-

nía de lavarte el cuello todos los días. Cuántas veces te lo he dicho.

CAT. No digas tonterías.

PET. Qué quieres, no estoy yo porque se imite con exageración esas costumbres modernas. El lavarse tanto no puede ser sano; es antinatural. En Filipópolis había un inglés que tenía la costumbre de mojarse todo el cuerpo todas las mañanas al levantarse. Eso es asqueroso. Son los ingleses los que han puesto de moda esas costumbres. Como su clima húmedo los ensucia, tienen que estarse lavando sin cesar. Ahí tienes á mi padre. No se ha bañado ni una sola vez en su vida y tiene noventa y ocho años. Es el hombre más sano de toda Bulgaria. Por lo demás, no me opongo á que la gente se bañe una vez al mes, pero lo que es todos los días, vamos, esa es una exageración ridícula.

CAT. En el fondo eres todavía un bárbaro, un bárbaro, un hombre á medio civilizar. Espero que no hayas hecho mal papel ante los oficiales rusos.

PET. Hice lo que pude. También procuré que se enteraran de que tenemos una sala biblioteca.

CAT. Pero lo que no saben es que también hay un timbre eléctrico en ella. En tu ausencia lo mandé colocar.

PET. ¡Un timbre eléctrico! ¿Qué es eso?

CAT. Mira, tocas un botón y... y entra Níkola.

PET. ¿No se le puede llamar?

CAT. La gente civilizada no llama nunca con la voz. Me enteré de ello mientras estabas fuera.

PET. Pues yo también, estando fuera, me he enterado de algunas cosas. Una de ellas es que la gente civilizada no tiende la ropa así en el jardín para que cualquiera visitante la vea. Por eso sería mejor que tendieras todo eso (Enseñando la ropa.) en otra parte.

CAT. Pero eso es un disparate, Pablo. Yo creo que una persona bien educada no repara en la ropa. (Se oye llamar á la puerta del jardín.)

PET. Debe de ser Sergio. (Llamando.) ¡Níkola, muchacho!

CAT. Pero hijo, no des esas voces. Eso no está bien.

PET. Tonterías. (Llama más fuerte que antes.) Níkola, ¿querrás moverte?

NÍK. (Aparece por la puerta de la casa.) Señorito, usted mande.

PET. Abre la puesta, y si es el comandante Saránoff, le dices que pase.

NÍK. Bien, señorito. (Va hacia la cuadra.)

PET. Háblale tú, hija mía, hasta que baje Raína y le entretenga. Si no, ya lo estoy viendo, me va á colmar de reproches porque no le hemos ascendido. ¡Figúrate, ascenderle á una categoría mayor que la mía!

CAT. Pues tiene razón Sergio. Habrá que ascenderle si se casa con Raína. Luego la nación debiera procurar tener por fin un general indígena.

PET. Claro, para poder destruir, en vez de regimientos, brigadas enteras. No te hagas ilusiones, no será ascendido hasta que tengamos la completa seguridad de que la paz será duradera.

NÍK. (Desde la puerta.) El comandante don Sergio Saránoff. (Entra en la casa y vuelve en seguida con una tercera silla, la coloca delante de la mesa y se retira.—El comandante Saránoff, el original del retrato del dormitorio de Raína, es un hombre de estatura alta, guapo, muy elegante y de modales finos. Sus cejas, que se extienden casi hasta el centro de las sienes; sus ojos vivos celosamente observadores; su nariz estrecha y recta, con base ancha, su barba corta, forman una fisonomía que no desdeciría en un salón parisién. Prueba que el bárbaro listo y de imaginación viva posee en alto grado el don de adaptación á la civilización occidental que ejerce su influjo en los Balkanes. El resultado es un síntoma análogo al que se produjo en Europa en el siglo XIX, iniciándose en Inglaterra y que se ha llamado Byronismo. Por la continua imposibilidad de vivir sus ideales, por la inconcusa convicción del propio valor y por la ingratitud del mundo que no le quiere comprender y por los in-

cesantes rebajamientos y hostigaciones que emanan de cuantas personas se ponen en contacto con él, ha adquirido un carácter medio irónico, medio trágico. También le son propias la tristeza misteriosa la sugestión de una historia extraña y terrible que no le ha dejado más que remordimientos, por lo que Childe Harold fascinaba las abuelas de sus contemporáneos ingleses. No cabe duda que éste y ningún otro debe ser el héroe de Raína. Catalina no es menos que su hija entusiasta de él y menos reservada que aquélla en demostrarle sus sentimientos. Al verle entrar desde el corral, se levanta presurosa para saludarle. Petkoff, evidentemente, no hace tanto caso de él.)

ESCENA V

DICHOS. SERGIO SARANOFF

PET. Hombre, tan temprano. Me alegro de verle.

CAT ¡Querido Sergio! (Tendiéndole ambas manos.)

SER. (Las besa con galantería sin escrúpulo.) Querida mamá... si me permite llamarla así.

PET (Con tono seco.) Mamá política, mamá política. Tome asiento y café.

SER. Gracias, no tomo café nunca. (Se aleja de la mesa algo sulfurado por la brusquedad de Petkoff y se coloca con dignidad consciente contra la barandilla de la escalera que sube á la casa.)

CAT. Qué buen semblante tiene usted. La campaña le ha probado admirablemente. Aquí todos estamos locos por usted. Todos estuvimos entusiasmados por su magnífica carga de caballería.

SER. (Con ironía grandiosa.) Fué la cuna y la tumba de mi fama militar, señora.

CAT. Pues ¿cómo?

SER. Gané la batalla equivocadamente, mientras nuestros inteligentes generales rusos la iban á perder acertadamente. Eso echó abajo sus planes y ofendió su amor propio. Dos de sus coroneles con sus correspondientes regimientos fueron batidos en virtud de los principios estratégicos más correctos. Es

más, dos comandantes de Estado Mayor murieron estrictamente según la etiqueta militar. Aquellos dos coroneles derrotados á estas horas son generales, y yo sigo siendo simple comandante.

CAT. Ahí no quedará usted, Sergio. Tiene usted las mujeres de su lado, y ellas procurarán que se le haga justicia.

SER. Es tarde ya. Sólo he esperado la conclusión de la paz para tomar el retiro.

PET. (Deja caer la taza de la sorpresa que experimenta.) ¡El retiro!

CAT. ¡Oh! tiene usted que volverse atrás.

SER. (Cruzando los brazos en actitud teatral.) Yo nunca me vuelvo atrás.

PET. (De mal humor.) ¡Hombre, qué cosas tiene usted! ¡Qué ocurrencia!

SER. Yo soy así. Pero bastante se habló ya de mis asuntos. ¿Como está Raína y dónde está?

RAÍNA (Sale de pronto por el pasillo y aparece en el escalón superior de la escalera.) ¡Aquí está Raína! (Está encantadora, y todos se vuelven hacia ella. Lleva una enagua de seda verde pálido y encima de ella una falda de delgada tela de hilo crudo con finos bordados de oro. En la cabeza lleva un bonito gorro frigio con lentejuelas de oro. Sergio se precipita á su encuentro con una exclamación de alegría. Ella le tiende la mano y él, caballerosamente, hinca una rodilla en tierra y la besa.)

ESCENA VI

DICHOS. RAÍNA

PET. (Con orgullo paternal, á Catalina.) ¡Qué hermosa es, verdad! Siempre se presenta con oportunidad.

CAT. (Malhumorada.) Sí, la niña suele escuchar. Es una costumbre bastante fea. (Sergio conduce á Raína hacia delante, con grandes ademanes, como si fuese una reina. Al alcanzar la mesa, se vuelve hacia

Sergio y le hace una inclinación de cabeza. El le hace una reverencia; y se separan; Sergio vuelve á su sitio y Raína se coloca detrás de la silla de su padre.)

RAÍNA (Se inclina hacia su padre y le besa.) ¡Querido papá, bien venido!

PET. (Acariciándole las mejillas.) Niña de mi alma. (La besa, ella coge la silla que Níkola trajo para Sergio.)

CAT. ¿De modo, Sergio, que no quiere usted seguir en el ejército?

SER. No señora, dejo el arte militar. ¿Qué es el arte militar? Es el arte del cobarde de atacar sin piedad cuando se siente fuerte y de quedarse fuera del alcance de los tiros en cuanto cree que es el más débil. Nunca hay que apartarse de ese principio. Trata de aventajar á tu enemigo, pero guárdate de batirte con él en condiciones iguales. Hé aquí todo el secreto de los éxitos en el campo de batalla. ¿No es eso, comandante?

PET. Sí, no nos dejaron llegar á un combate decente, cuerpo á cuerpo. Por lo demás, encuentro que el oficio de la guerra es un negocio como cualquier otro.

SER. ¿Qué duda cabe? Pero á mí me falta la ambición de distinguirme como hombre de negocios. Por eso quiero seguir el consejo de un hombre que viaja en negocios guerreros, aquel capitán que negoció el cambio de los prisioneros en Pirot.

PET. ¿Del suizo aquel? ¿Sabe usted que en aquel cambio nos dió la castaña con los caballos?

SER. ¡Y no que no! Su padre es alquilador de carruajes y dueño de hoteles. Sus primeros éxitos militares se los debe á lo mucho que entiende de caballos. (Con sarcástico entusiasmo.) ¡Ah, ese sí que es un guerrero de verdad! Si yo hubiese sabido comprar ventajosamente los caballos de mi regimiento en vez de llevarlos como locos al encuentro del peligro, hoy sería capitán general.

CAT. ¿Un suizo dicen ustedes? ¿Qué tenía que hacer un suizo en el ejército servio?

PET. Era un voluntario, claro está, ansioso de ejercer su oficio. (*Torpe.*) Nosotros no hu-

biésemos sabido organizar una batalla si los extranjeros no nos lo hubiesen enseñado. Ni nosotros lo entendíamos ni los servios tampoco. Nada, sin los extranjeros la guerra era imposible.

RAÍNA ¿Hay muchos oficiales suizos en el ejército servio?

PET. No, casi todos son austriacos, así como los oficiales nuestos, casi todos son rusos. Aquel fué el único suizo con quien me encontré. No me volveré en mi vida á fiar de un suizo. Nos engañó miserablemente rescatando á cincuenta hombres buenos y sanos por doscientos caballos medio reventados. Ni siquiera eran comestibles aquellos pencos.

SER. Amigo Petkoff, éramos como dos niños entre las manos de aquel experimentado militar. Como niños inocentes.

RAÍNA ¿Qué aspecto tenía?

CAT. Pero, Raína, ¡qué pregunta más tonta!

SER. Tenía el aspecto de un viajante con uniforme, un burgués desde los pies hasta la cabeza.

PET. (Interrumpiéndole) Sergio, cuente usted la extraña historia que le pasó á un amigo de ese suizo. ¿No se acuerda? Dos mujeres le ocultaron cuando escapó después de la batalla de Eslivnitsa.

SER. (Con amarga ironía.) Sí, sí, es toda una novela. El sujeto de referencia servía en la misma batería que yo ataqué tan contra todas las reglas del arte. Como es un verdadero militar, huyó lo más pronto que pudo, y nuestra caballería persiguiéndole de cerca. Para burlar á sus enemigos tuvo la ocurrencia de refugiarse en la habitación de alguna muchacha patriótica. A ella le encantaron los finos modales de aquel viajante disfrazado y se entretuvo con él casi una hora. Luego llamó á su madre para que su conducta no pareciera impropia de una muchacha decente. La madre se dejó también fascinar, y al día siguiente el fugitivo pudo ponerse en salvo, desconocido por llevar un levitón del

señor de la casa, que se hallaba ausente en la guerra.

RAÍNA (Se levanta con visible altanería.) Sergio, la vida de campamento le ha maleado. Nunca imaginara que usted se atrevería contar semejante historia en mi presencia. (Le vuelve la espalda con frialdad.)

CAT. Raína tiene razón, Sergio. Si es que existen semejantes mujeres, ¿qué necesidad tenemos nosotras de saberlo?

PET. ¡Tontería! ¿Qué tiene de particular?

SER. (Avergonzado.) No, Petkoff, yo he cometido una falta. (A Raína, con humildad sincera.) Perdóneme, no está bien lo que he hecho. (Ella se inclina con reserva.) Usted también, señora, dispense mi falta. (Catalina se inclina amablemente y se sienta. El continúa hablando con voz grave y patética.) He conocido el lado sombrío de la vida durante los últimos meses, de lo que me he hecho cínico; pero comprendo que no debía haber traído mi cinismo aquí, y menos delante de usted, Raína. (Se vuelve hacia los demás y quiere soltarles un largo discurso, cuando el comandante le interrumpe.)

PET. No diga usted majaderías. No vale la pena de gastar palabras. ¡Caramba! la hija de un militar debe poder escuchar una conversación, aunque sea algo atrevida. (Se levanta.) Véngase usted conmigo, es preciso que empecemos nuestro trabajo. Tenemos que ver los medios de trasladar aquellos tres regimientos á Filipópolis. En el camino á Sofía no hay ninguna posibilidad de aprovisionarse. (Va hacia la casa.) Vámonos. (Sergio quiere seguir, pero le ataja Catalina.)

CAT. Te ruego, Pablo, que no le metas tanta prisa á Sergio. Raína apenas ha tenido tiempo de verle. Tal vez te pueda ayudar yo en arreglar lo de los regimientos.

SER. (Protestando.) Señora, eso es imposible. Dispense...

CAT. (Le retiene riendo.) Querido Sergio, usted se queda aquí. No tenga tanta prisa. Yo también tengo que hablar á solas con mi mari-

do. (Sergio se inclina y retrocede.) Anda, ven, Pablo, (Cogiéndole del brazo.) te tengo que enseñar el timbre eléctrico.

PET. Bueno, vamos. (Entran juntos en la casa. Sergio, á solas con Raína, mira cohibido á todas partes, temiendo que aún esté enfadada; ella sonríe y levanta los brazos hacia él.)

ESCENA VII

SERGIO y RAÍNA

SER. (Corriendo hacia ella.) ¿Me perdonas?

RAÍNA (Pone las manos sobre sus hombros y levanta la vista hacia él con admiración.) ¡Mi héroe, mi rey!

SER. (La besa en la frente.) ¡Mi reina!

RAÍNA ¡Cuánto te he envidiado, Sergio! Allá fuera en la vida y en el campo de batalla tenías ocasión de hacerte digno de la mejor mujer del mundo, mientras yo estaba inactiva en casa con mis ensueños inútiles, sin hacer lo más mínimo que pudiese darme el derecho á mostrarme digna de un hombre como tú.

SER. Querida Raína, todos mis hechos te pertenecen. Tú me infundiste entusiasmo. Fuí á la guerra como un antiguo caballero iba á un torneo con los ojos de su dama fijos en él.

RAÍNA También mis pensamientos estaban contigo. (Muy solemne.) Sergio, yo creo que nosotros hemos encontrado el amor ideal. Cuando pienso en tí, siento que sería incapaz de cometer una mala acción ó de concebir un pensamiento bajo.

SER. Mi reina, mi santa. (La besa con respeto.)

RAÍNA (Devolviendo su abrazo.) Mi sueño y mi...

SER. Déjame á mí que te adore. No sabes que aun el mejor de los hombres es indigno de la pura pasión de una virgen.

RAÍNA Fío en tí y te quiero, Sergio. Nunca me desilusionarás. (Mimosa. Desde la casa se oye el canto de Louka, lo que los hace separarse rápidamente.) No puedo en este momento hablar cosas indiferentes como tendría que ser ante la

doméstica. Mi corazón está demasiado henchido. (Louka sale y empieza á quitar la vasija de la mesa. Está de espaldas á la pareja.) Voy por mi sombrero y saldremos hasta el almuerzo. ¿Te parece bien?

SER. ¡Que si me parece bien! Date prisa, querida. Cada minuto que pasa sin que esté contigo se me hace un siglo. (Raína sube corriendo la escalera y se queda parada en el escalón más alto, cambia con Sergio miradas elocuentes y le manda besos con la mano. Un momento él la mira arrobado y luego se vuelve. Su cara arde en noble exaltación. En ello, sus miradas reparan en el sitio donde está Louka. Esta le llama mucho la atención. Mira hacia ella, retorciéndose el bigote. Se pone la mano izquierda en la cadera correspondiente y da pataditas. Luego se desliza sonriendo hacia ella.)

ESCENA VIII

SERGIO y LOUKA

SER. Louka, ¿sabes lo que es el amor ideal?

LOUKA (Con extrañeza.) No, señor comandante.

SER. Pues, hija mía, es una cosa que á la larga cansa mucho y luego da ganas de descansar de ella.

LOUKA (Inocente.) ¿Tal vez quiera usted un poco de café, señor comandante? (Por encima de la mesa alcanza la cafetera.)

SER. (Cogiéndole la mano.) Gracias, no te molestes.

LOUKA (Como si quisiera retirar la mano.) Señor comandante, me sorprende usted.

SER. (Se aparta de la mesa y arrastra á Louka consigo.) Me sorprendo á mí mismo. ¿Qué diría Sergio, el héroe de Eslivnitsa, si me pudiese ver ahora? ¿Qué diría Sergio, el apóstol del amor ideal? ¿Qué dirían media docena de Sergios que forman parte de mi ser, si nos pudiesen ver ahora? (Suelta la mano de Louka y le echa el brazo á la cintura.) ¿Qué tal te parezco, Louka?

LOUKA Suelte usted, me van á despedir. (Forcejea

por soltarse; él no la suelta.) ¿Quiere usted soltarme?

SER. (Mirándola de muy cerca.) No.

LOUKA Entonces apártese siquiera un poco para que no nos vean. ¿Se ha vuelto usted loco?

SER. ¡Ah, tienes razón! (La lleva hacia el corral en donde la casa los oculta.)

LOUKA (Quejumbrosa.) Pueden haberme visto desde las ventanas. Estoy seguro de que la señorita Raína le está observando á usted.

SER. (Ofendido, la suelta.) Cuidado con lo que hablas, niña. Tal vez yo sea indigno del amor ideal; pero no ofendas á mi prometida.

LOUKA (Sarcástica.) No quisiera por nada en el mundo. ¿Me permite usted ahora volver á mis quehaceres?

SER. (Volviendo á enlazarla con los brazos.) Eres una bruja tentadora, Louka. Si tú estuvieras enamorada de mí, ¿me espiarías?

LOUKA Creo que sí. Como media docena de Sergios, según usted acaba de confesar, forman su ser, á alguno de ellos habría yo de espiar.

SER. (Encantado.) Eres tan lista como bonita. (Trata de besarla.)

LOUKA (Debatiéndose entre sus brazos.) No me bese usted. Todos los señoritos son ustedes iguales. Usted me hace el amor á espaldas de la señorita Raína, y ella hace otro tanto á espaldas de usted.

SER. (Retrocediendo un paso.) ¡Louka! ¿qué dices?

LOUKA Lo que prueba lo poco que se quieren ustedes

SER. (Severo y frío.) Louka, sepa usted que un caballero no discute la conducta de su prometida con la criada de ella.

LOUKA ¡Es tan difícil saber lo que piensa un caballero. En su manera de querer besar, creí que su amor á Raína no le importaba á usted tanto!

SER. (Se aparta de ella, se golpea la frente y vuelve desde el camino de la puerta hacia el interior del jardín.) ¡Demonio! ¡Demonio!

LOUKA Me parece que uno de los seis Sergios tiene alguna semejanza conmigo, señor co-

mandante, aunque no soy más que la criada de la señorita Raína. (Vuelve á la mesa y empieza á quitar la vajilla, sin cuidarse de él.)

SER. (Hablando consigo mismo.) ¿Cuál de los seis es el verdadero? Esa es la cuestión que me atormenta. El uno es un héroe, el otro un bufón, el tercero un embustero, el cuarto quizás un canalla. (Se interrumpe y mira furtivamente hacia Louka, añadiendo con profunda amargura.) Y el quinto es un cobarde, prudente como todos los cobardes. (Se acerca á la mesa) ¡Louka!

LOUKA Usted dirá.

SER. ¿Quién es mi rival?

LOUKA Eso no lo he de decir, así me aspen.

SER. ¿Por qué?

LOUKA Porque no. Además, yo perdería mi colocación, si usted contase lo que yo le dijera.

SER. (Extendiendo la mano derecha como para jurar.) No, por el honor de... (Se interrumpe y su mano cae sin fuerza, mientras ríe sardónicamente.) de un hombre capaz de portarse como acabo de portarme en los últimos cinco minutos... Dime quién es.

LOUKA No lo sé, nunca le ví; sólo oí su voz á través de la puerta del cuarto de la señorita Raina.

SER. (Furioso.) ¿Cómo puede usted atreverse?...

LOUKA (Retrocediendo.) No se ofenda por eso. No he querido decir nada malo. La señora lo sabe todo, y sólo le aseguro que si aquel caballero vuelve á esta casa, la señorita Raína se casará con él, que lo quiera ó que no lo quiera. Conozco muy bien la diferencia que hay entre las relaciones que existen entre usted y la señorita y el amor verdadero. (Sergio se sobresalta como si le hubieran pinchado. Luego arruga la frente, la mira sombrío y coge su brazo con ambas manos.)

SER. Escucha lo que voy á decirte.

LOUKA Suelte, que me hace daño.

SER. No importa. Has ofendido mi honor al hacerme conocedor de lo que espiaste y has traicionado á tu ama.

LOUKA Suelte.

SER. Eso demuestra que no tienes sino un alma

ruin de doméstica. (La suelta como si fuese un objeto impuro y hace un movimiento como si se limpiara las manos. Luego se dirige hacia el muro y se sienta pensativo y sombrío en el banco que se halla allí.)

LOUKA (Malhumorada, se frota el brazo lastimado.) Sabe usted lastimar tan bien con las manos como con la lengua. ¿A mí qué me cuenta usted? Por ruin que sea mi alma, no lo es más que la suya. En cuanto á su novia, es una embustera, y todos sus arrumacos y carantoñas no son más que fingimiento y falsedad. Valgo yo seis veces más que ella. (Echa la cabeza para atrás y vuelve á sus ocupaciones. El la mira una ó dos veces con duda. Ella ha llenado la bandeja con vajilla, restos de pan, etc. Recoge el mantel por las esquinas con intención de llevárselo todo. Al inclinarse para cargar con la bandeja, le echa Sergio una mirada viva.)

SER. ¡Louka! (Se queda ella parada y le mira con desconfianza.) Un caballero no tiene nunca el derecho de hacer daño á una mujer. (Descubriéndose con humildad.) Perdóname.

LOUKA Esta clase de excusas es buena para usarla con una señorita, pero no se usa con una criada.

SER. (Muy ofendido en sus sentimientos caballerosos, lanza una carcajada amarga.) ¡Ah! ¿Quieres una indemnización en dinero? (Se pone el chaçó, especie de ros, y saca algún dinero del bolsillo.)

LOUKA (Con lágrimas en los ojos.) No quiero dinero; quiero que se me quite mi dolor.

SER. (Conmovido por sus lágrimas.) ¿Cómo? (Louka se remanga el brazo izquierdo, se coge el brazo entre el pulgar y el índice de la mano derecha y se mira el cardenal; luego levanta la cabeza y mira de frente á Sergio; por fin, con un ademán altanero, le presenta el brazo para que lo bese. Atónito la mira, ora á ella, ora su brazo, vacila y luego exclama con energía.) ¡Nunca! (Se aleja de ella lo más posible. Louka deja caer el brazo. Sin una palabra, y con no fingida dignidad, coge la bandeja y va hacia la casa, de la que sale Raína vestida con una chaqueta y un sombrero, según la moda vienesa de 1885. Louka se aparta con desdén y entra en la casa.)

ESCENA IX

SERGIO y RAÍNA

RAÍNA Estoy lista. ¿Qué pasa? (Riendo.) Como si lo viera; habrás hecho el amor á Louka.

SER. (Vivamente.) No, no. ¿Cómo puedes pensar cosa semejante?

RAÍNA (Avergonzada.) Perdona. Era una broma. ¡Soy tan dichosa hoy! (Sergio se precipita hacia ella y la besa arrepentido la mano. Catalina aparece en el escalón superior.)

ESCENA X

DICHOS y CATALINA

CAT. (Bajando hacia ellos.) Hijos míos, siento molestaros, pero Pablo está fuera de sí con eso de los tres regimientos. No sabe cómo llevarlos á Filipópolis y no acepta ninguna de mis ideas. Sergio, tiene usted que ir á ayudarle. Está en la biblioteca.

RAÍNA (Despechada.) Ibamos á salir á paseo.

SER. Espéreme un poco. No tardaré en volver. (Se precipita por la escalera para entrar en la casa.)

RAÍNA (Le sigue hasta la escalera con una mirada de tímida coquetería.) Me pasearé aquí y miraré las ventanas de la biblioteca. No distraeré la atención de papá, pero si tarda usted un segundo más de cinco minutos, entraré allí y me le llevaré conmigo, digan lo que quieran todos los regimientos del mundo.

SER. (Riendo.) Convenido. (Entra. Raína le sigue con los ojos hasta que desapareció; luego con aire visiblemente cambiado se pasea por el jardín, muy pensativa y sombría.)

ESCENA XI

RAÍNA y CATALINA

CAT. ¿Qué te parece, hija? ¡Cuidado qué casualidad la de que tuvieron que encontrarse con aquel suizo y ahora saben toda la historia! Lo primero que pidió tu padre fué su levitón con el que se disfrazó aquel hombre. ¡Buena la hiciste, hija!

RAÍNA ¡Qué infame!

CAT. ¡Infame! ¿Por quién lo dices?

RAÍNA Por el suizo. ¿Qué necesidad tenía de contarlo todo? Si estuviese aquí, le taparía la boca con tanto chocolate que le ahogaba.

CAT. No digas esas tonterías, Raína. Más te valdría decirme la verdad. ¿Cuánto tiempo había estado en tu cuarto cuando me llamaste?

RAÍNA (Se vuelve y se pasea en dirección opuesta.) Eso lo he olvidado ya.

CAT. Es imposible que lo hayas olvidado. Dime, ¿se bajó por el balcón cuando se hubieron marchado los soldados ó estaba en la habitación cuando entró el oficial ruso?

RAÍNA No... si... debió de estar.

CAT. Ay, hija, ¿cuándo te acostumbrarás á no mentir? Si Sergio oye de aquello, te planta.

RAÍNA (Con fría impertinencia.) Ya sé que quieres mucho á Sergio. Algunas veces quisiera que pudieses tú casarte con él en mi lugar. Estaría muy bien contigo. Le mimarías á la perfección.

CAT (Abriendo mucho los ojos.) ¡Eso sí que es fuerte!

RAÍNA (Caprichosa, casi hablando consigo misma.) Yo experimento siempre como un placer en decirle algo que le ofenda y le haga salir de sus casillas. (Perversa, á Catalina.) ¡Me tiene completamente sin cuidado que se entere de lo del soldado de los bombones! Casi lo estoy deseando. (Se vuelve otra vez y se dirige hacia la casa.)

CAT. ¿Y qué digo yo á tu padre?

RAÍNA (Por encima del hombro, desde el segundo escalón.) ¡Pobrecito papá! ¡Bastante cuidado le tiene á él todo eso! (Entra en la casa.)

CAT. (Mirando con enfado y haciendo chascar los dedos.) Lástima que no tengas diez años de menos. Menudos azotes te daba. (Louka sale de la casa con una bandeja colgando de la mano.) ¿Qué hay?

ESCENA XII

CATALINA y LOUKA

LOUKA Ahí está un caballero que desea hablarla. Es un oficial servio.

CAT. (Fuera de sí.) ¡Un servio! Y se atreve... (Conteniéndose, con amargura.) Oh, yo olvidaba que se había firmado la paz. Ahora habrá que recibirlos á diario y dejarse hacer el amor por ellos. Pero, si es un oficial, ¿por qué no lo anuncia usted al señorito? Está en la biblioteca con el comandante Saránoff. ¿Porqué me lo anuncia á mí?

LOUKA Porque es á usted á quien quiere hablar, señora. Pero puede que no sepa quien es usted. Me dijo: «para la señora de la casa» y me dió este billete. (Saca del pecho una tarjeta, la coloca sobre la bandeja y se la presenta á Catalina.)

CAT. (Leyendo.) El capitán Bluntschli... ese es apellido alemán.

LOUKA Creo que es un suizo.

CAT. (Dando un salto que hace retroceder á Louka.) ¡Un suizo! ¿Qué señas tiene?

LOUKA (Asustada.) Lleva una maleta muy grande.

CAT. ¡Cielos! Vendrá para devolver el levitón. Despídale pronto. Dígale que no estamos en casa. Pídale sus señas para que yo le escriba... No, no, espere usted. ¡Dios mío! ¿qué haré yo? (Se deja caer en una silla y se pone á reflexionar, mientras Louka espera.) El señorito y el comandante Saránoff están ocupados en la biblioteca, ¿no es eso?

LOUKA — Sí, señora.

CAT. — (Con decisión.) Mándale pasar en seguida á ese caballero. (Imperativa.) Y sea usted fina con él, ¿entiende? Pronto, pronto, ande. (Cogiéndole la bandeja.) Deje usted eso aquí. Dese prisa.

LOUKA — Corro. (Sale.)

CAT. — ¡Louka!

LOUKA — (Se para.) Mande.

CAT. — ¿Está cerrada la puerta de la biblioteca?

LOUKA — Creo que sí, señora.

CAT. — Si no, ciérrela bien al pasar.

LOUKA — Así lo haré, señora. (Sale.)

CAT. — Espere usted. (Louka se para otra vez.) Entrará por aquí. (Enseña la puerta del jardín.) Dígale á Níkola que le traiga aquí su equipaje.

LOUKA — (Con extrañeza.) ¿Su equipaje?

CAT. — Sí, aquí, lo más pronto posible. (Impaciente.) Vamos, muévase.

LOUKA — (Desaparece, corriendo, en la casa.)

CAT — (Se quita el delantal y lo tira detrás de una mata, luego se mira en la bandeja como en un espejo. El resultado de ello es que tira también el pañuelo que llevaba en la cabeza. Se atusa el pelo y se abrocha el pecho para ser presentable.) Si será chiflado. ¡Presentarse de golpe y porrazo en un momento así! (Louka aparece en la puerta y anuncia «el capitán Bluntschli»; se aparta, en el escalón más alto, para dejarle pasar. Es el protagonista de la aventura nocturna en el cuarto de Raína. Ahora tiene mucho mejor aspecto, pues está limpio y afeitado, y lleva un elegante uniforme. En cuanto desapareció Louka, Catalina se dirige á él con gran viveza.)

ESCENA XIII

CATALINA y BLUNTSCHLI

CAT. — Capitán, ¡cuánto me alegro de volverle á ver pero tiene usted que marcharse en seguida de esta casa! (La mira con extrañeza.) Mi marido acaba de regresar con mi futuro yerno. Todavía no saben nada, pero si se entera-

sen, las consecuencias serían horribles. Usted es extranjero, usted no siente como nosotros esos ímpetus que forman parte de nuestro carácter nacional. Seguimos odiando á los servios El resultado de la paz para mi marido es que se siente como un león al que le han arrancado su presa segura. Si se enterase, créame, no me perdonaría, y hasta la vida de mi hija estaría amenazada. ¿Quiere usted, pues, portándose como un militar pundonoroso y un perfecto caballero, abandonar esta casa antes de que mi marido le vea?

BLUN. (Desengañado, pero resignado.) Al momento, señora. Solo he venido para darle las gracias y devolverle el levitón que tan amablemente me prestó. Permítame que lo saque de la maleta y lo entregue, al salir, á su criado. (Se vuelve, para entrar en la casa.)

CAT. (Cogiéndole un brazo.) Muchas gracias, pero es imposible que vuelva usted por donde vino. (Empujándole hacia la verja.) Este es el camino más corto para salir. Muchas gracias; me alegro mucho de haber podido serle útil. ¡Vaya usted con Dios!

RAÍNA ¿Pero mi equipaje?

CAT. Se lo mandaré. Déjeme usted sus señas.

RAÍNA Bien, permítame... (Saca su libro de apuntes, coge una tarjeta y quiere apuntar sus señas mientras Catalina se mueve de impaciencia. En el momento en que le presenta la tarjeta sale de la casa Petkoff, con la cabeza al aire, muy jovial, seguido de Sergio.)

ESCENA XIV

DICHOS, PETKOFF, SERGIO

PET. (Bajando precipitadamente la escalera.) Mi querido capitán Bluntschli... ¡Cuánto me alegro!

CAT. ¡Dios mío! (Cae en una silla junto al muro.)

PET. (No lo nota y sacude enérgicamente la mano de Bluntschli.) Los tontos de mis criados habían creído que yo estaba aquí cuando estaba en la

biblioteca. (Esta palabra de biblioteca la dice con cierto énfasis.) Le ví á usted desde la ventana y me extrañé de que no subiera. Aquí está Saránoff. ¿No se acuerda usted de él?

SER. (Muy contento le ofrece la mano con gran amabilidad.) Saludo á mi amigo el enemigo.

PET. No mas el enemigo. (Con inquietud.) Espero que viene usted como amigo y no por alguna nueva negociación respecto de caballos ó prisioneros.

CAT. Descuida, Pablo. Este caballero viene solo como amigo. Acabo de invitar al capitán á almorzar con nosotros, pero dice que tiene que marcharse en seguida.

SER. (Sardónico.) Eso no puede ser, Bluntschli, aquí le necesitamos de mucha necesidad. Se trata de trasladar tres regimientos de caballería á Filipópolis y no entendemos una patata de ello.

BLUN. (Poniendo de repente la atención y yendo al grano.) La dificultad consistirá en el aprovisionamiento, supongo.

PET. Precisamente. Ahí está el busilis. (A Sergio.) ¡Qué pronto lo entiende!

BLUN. Creo que podría sacarles de apuro.

SER. Entonces venga usted con nosotros, hombre inapreciable. (Volviéndose hacia Bluntschli le pone la mano sobre el hombro y le lleva hacia la casa. Petkoff sigue. Al poner Bluntschli el pie en el primer escalón sale Raina de la casa.)

ESCENA XV

DICHOS y RAINA

RAÍNA. (Perdiendo toda presencia de espíritu.) ¡Jesús, el de los bombones! (Bluntschli queda atónito. Sergio mira regocijado á Raina y luego á Petkoff, quien le mira á él y luego interrogativamente á su mujer.)

CAT. (Poniéndose á la altura de la situación.) Raína, hija mía, tenemos un huésped. El capitán Bluntschli, uno de nuestros nuevos amigos servios. (Raína y Bluntschli se inclinan.)

RAÍNA ¡Qué tonta soy! (Baja hacia el grupo y lo atraviesa entre Bluntschli y Petkoff.) Había yo hecho esta mañana un bonito adorno de bombones de chocolate para el helado, y el estúpido de Níkola acaba de dejar caer en él una fila de platos. Cuando dige el de los bombones buscaba á Níkola. Usted me dispense, capitán.

BLUN. No haga usted caso.

PET. (Con desconfianza á Raína) ¿Desde cuándo te ocupas tú de la repostería?

CAT Tuvo ese capricho durante tu ausencia.

PET. ¿Pero se ha hecho borracho el dichoso Níkola? Antes era bastante formal. Ahora no le entiendo. Parece cambiado. Primero introduce aquí al capitán cuando sabía que yo estaba en la biblioteca, luego destruye el helado de Raína con su adorno de bombones. Yo no sé lo que le pasa. (Níkola sale de la casa con una maleta grande, baja los escalones y coloca la maleta respetuosamente delante de Bluntschli, esperando sus órdenes. Extrañeza general. Sin sospechar el efecto de su acción, Níkola parece muy satisfecho de sí mismo. Petkoff, primero mudo de ira, estalla.)

ESCENA XVI

DICHOS y NÍKOLA

PET. ¿Te has vuelto loco, hombre?

NÍK. (Asustado.) Señorito...

PET. ¿Por qué traes eso aquí?

NÍK. La señora dió la orden, según me dijo Louka, de...

CAT. (Interrumpiéndole.) ¿Yo? ¿Por qué había yo de mandar traer aquí el equipaje del capitán Bluntschli? ¿Qué le pasa á usted, Níkola?

NÍK. (Se queda un momento indeciso, luego recoge la maleta y se vuelve con perfecta discreción servil hacia Bluntschli.) Dipénseme. (A Catalina.) Señora, yo tengo la culpa por no haber entendido bien. (Se retira hacia la casa con la maleta.)

PET. (Grita furioso detrás de él.) ¡Ahora falta que dejes caer también esa maleta en el helado de chocolate de mi hija! (Eso es demasiado para Níkola, que deja caer la maleta al suelo.) ¡Fuera de aquí, torpe, animal!

NÍK. (Recoge la maleta y huye adentro.) Bien, bien, señorito.

CAT. Serénate, Pablo. No seas tan arrebatado.

PET. (Gruñendo.) Ese bergante se ha echado á perder completamente en mi ausencia. Ya le arreglaré yo. (Se acuerda de su huésped.) Pero dejemos eso. Véngase, Bluntschli, y no pensemos más en su marcha. Sabemos perfectamente que no va usted á regresar á Suiza en este mismo momento. Hasta tanto se queda usted en esta casa.

RAÍNA Sí, capitán, quédese usted.

PET. (A Catalina.) El capitán vacila, tal vez porque cree que no te agrada el que se quede. Ruégale y accederá al instante.

CAT. ¡Cómo! Tendré sumo gusto en que se quede. (Suplicándole con la mirada.) Ya sabe usted mi deseo, capitán.

BLUN. (Sin reparar en los guiños.) Señora, sus deseos son órdenes para mí.

CAT. ¿Entonces?...

BLUN. Me quedo, ya que son ustedes tan amables.

CAT. (Aterrada y aparte.) ¡Dios me tenga de su mano poderosa!)

SER. (Amistosamente.) Muy bien. Así me gusta.

RAÍNA ¿Ve usted cómo no puede marcharse?

BLUN. (Sonriendo.) Cuando no hay más remedio... (Catalina hace un ademán de desesperación. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La Biblioteca, después del almuerzo. En ella no hay muchas cosas que justifiquen esa designación. Hay un solo estante con novelas viejas encuadernadas, deterioradas y manchadas de café. Un torno de hilar polvoriento y algunos estantes colgantes con libros. Las otras paredes están cubiertas con trofeos de guerra y de caza. Por lo demás, es un despacho muy confortable. Al frente hay tres ventanas grandes que permiten ver un bonito panorama de montañas por el que se difunde ahora una suave luz vespertina. En un rincón, á la derecha de la ventana, hay una ancha estufa de barro, cuadrada y alta, una verdadera torre de alfarería policroma que se eleva hasta el techo y retiene el calor. La otomana enmedio de la habitación, es circular y cubierta de cogines bordados, y en los nichos de las ventanas hay pequeños divanes acolchados. Pequeñas mesas turcas—en una de ellas hay una larga pipa de fumar y accesorios—completan la agradable impresión del amueblamiento. Sólo hay allí un mueble que desdice del conjunto de la habitación: es una pequeña mesa de cocina convertida en mesa de escribir, muy usada y estropeada. En ella se ven una sucia caja de hoja de lata con plumas, una cáscara de huevo con tinta y un horrible guiñapo de papel secante, de color de rosa en un tiempo. A esta mesita, en frente de la ventana de la izquierda, está sentado Bluntschli, absorto en su trabajo. Delante de él hay algunos mapas, y apunta órdenes. Sergio, sentado al otro lado de la mesa, hace como que trabaja también, pero sólo mastica su porta-plumas. Observa la manera segura, rápida y entendida de Bluntschli con admiración y envidia, comparándola con su propia incapacidad. El comandante Petkoff está repantigado en la otomana y lee un periódico, chupando de vez en cuando de la larga pipa que está al alcance de su mano. Catalina está sen-

tada cerca de la estufa, de espaldas á los demás y está bordando. Raína está recostada en el diván de la ventana de la derecha y mira melancólicamente el paisaje balkánico. En sus rodillas hay un libro abierto. La puerta está del mismo lado que la estufa, cerca de la ventana. El botón del timbre eléctrico está entre la puerta y la estufa.

ESCENA PRIMERA

PETKOFF, SERGIO, BLUNTSCHLI, CATALINA y RAÍNA

PET. (Levanta la vista de su periódico y ve cómo marcha el trabajo de Bluntschli.) ¿Está usted seguro, Bluntschli, de que no puedo ayudarle de ningún modo?

BLUN. (Sin interrumpir su trabajo y sin levantar la vista.) Completamente seguro. Descuide, que Saránoff y yo ya lo arreglaremos todo.

SER. (Con amargura.) Sí, *nosotros* lo arreglaremos. Bluntschli sabe y determina lo que hay que hacer, escribe las órdenes y yo las firmo. ¡Esto se llama división del trabajo, Petkoff! (Bluntschli le presenta un papel.) ¿Otro? ¡Vaya! (Pone el pliego delante de sí, pone su silla con mucho cuidado delante de la mesa y firma con la expresión de un hombre que está ejecutando un acto difícil y trascendental.) Esta mano está más acostumbrada á la espada que á la pluma.

PET. Es usted verdaderamente amable, Bluntschli, de molestarse así por nosotros. ¿Está usted persuadido de que no puedo yo hacer nada?

CAT. (En voz baja.) Lo que podías hacer, Pablo, es no interrumpir tanto.

PET. ¡Cómo! ¿Qué? Es decir, tienes razón. (Vuelve á coger el periódico, pero en seguida lo deja caer otra vez.) ¡Ah, hija, tú no has tenido que acampar en despoblado como yo; no puedes comprender lo agradable que es, después de un buen almuerzo, estar aquí sentado, sin más obligación que hacer buena digestión. Sin embargo, algo me falta para mi completa comodidad.

CAT. ¿Qué es?

PET. Mi levitón viejo... no me encuentro en este que llevo.

CAT. Pero, Pablo, qué empeño de ponerte aquella prenda tan desgastada. Estará en el cuarto azul donde la dejaste colgada.

PET. Catalina, te aseguro que allí he buscado y rebuscado, y no está. ¿Tengo yo ojos en la cara ó no? (Catalina se levanta y oprime el botón del timbre eléctrico.) ¿Por qué pones el dedo en ese botón? (Ella contesta con una mirada majestuosa y continúa, sin decir palabra, sus labores.) Querida, si crees que la obstinación de tu sexo puede hacer un levitón con dos faldas viejas de Raína, mi impermeable y una pelerina tuya, estás completamente equivocada. Pues esas son las prendas que contiene el cuarto azul. (Níkola aparece en la puerta.)

ESCENA II

DICHOS y NÍKOLA

CAT. (Muy tranquila, á pesar de las palabras de Petkoff.) Níkola, vaya usted al cuarto azul y traiga de allí el levitón del señorito, aquel guarnecido de astrakán que suele usar para andar por casa.

NÍK. Voy, señorita.

PET. ¡Catalina!

CAT. ¿Qué quieres?

PET. Apuesto contigo un aderezo de brillantes contra los gastos de la casa de una semana, que el levitón no está en el cuarto azul.

CAT. Apostado, hijo.

PET. (Animándose por las probabilidades del juego.) ¿Quién quiere apostar más? Bluntschli, le apuesto seis contra uno.

BLUN. (Calmoso.) No quiero desbalijarle, comandante. La señora está en lo cierto. (Sin levantar la vista presenta á Sergio otro montón de papeles.)

SER. (Excitado también.) ¡Bravo, viva Suiza! Comandante, apuesto mi mejor caballo contra una

yegua árabe para Raína, que Níkola encontrará el levitón en el cuarto azul.

PET. (Fogoso.) ¿Su mejor ca...?

CAT. (Interrumpiéndole pronto.) No seas loco, Pablo; una yegua árabe puede costar hasta cincuenta mil levas.

RAÍNA (Como despertando de repente.) Pero, mamá, si estás dispuesta á aceptar el aderezo, no veo por qué me quieres quitar mi yegua. (Níkola entra con el levitón y se lo entrega á Petkoff que no vuelve de su sorpresa.)

CAT. ¿Dónde estaba, Níkola?

NÍK. Estaba colgado en el cuarto azul, señora.

PET. Entonces soy yo un jo...

CAT. (Interrumpiéndole bruscamente.) ¡Pablo!

PET Yo hubiese jurado que allí no estaba. La edad empieza á hacerme jugarretas; ya tengo alucinaciones. (A Níkola.) Tú, ayúdame. Dispense usted, Bluntschli. (Cambia de levitón. Níkola, oficioso, le ayuda.) Le advierto á usted, Sergio, que no acepté su apuesta de usted, pero, á pesar de ello, podría usted comprarle la yegua á Raína, ya que ha despertado usted sus ilusiones. ¿No te parece, Raína? (Se vuelve hacia Raína, pero ella está otra vez absorta en la contemplación del paisaje. Con un pequeño gruñido de amor y vanidad paterna llama la atención de los demás sobre su hija y dice.) Está otra vez en sus ensueños, como de costumbre.

SER. Descuide, que no perderá nada.

PET. Mejor para ella; temo que, por mi parte, la broma me va á costar más cara á mí. (El cambio de prendas está terminado y Níkola sale con el levitón que se acaba de quitar Petkoff.)

ESCENA III

DICHOS menos NÍKOLA

PET. ¡Ah, ahora es cuando estoy al pelo! (Se sienta y recoge su periódico con un gruñido de satisfacción.)

BLUN. (A Sergio presentándole un papel.) Esta es la última orden.

PET. (Dando un salto.) ¡Cómo! ¿ya concluyó?

BLUN. Ya.

PET. (Va hacia Sergio, que firma, mira con curiosidad por encima del hombro de éste y dice con envidia pueril.) ¿Pero no tengo yo que firmar nada?

BLUN. No hace falta. Basta con una sola firma.

PET. Pues bien; ¡vaya un trabajito que hemos hecho! (Se aleja de la mesa de escribir.) ¿Qué más tengo que hacer?

BLUN. Sería bueno que hablara usted con los que han de llevar esas instrucciones. (A Sergio.) Hágales entender que, en las diferentes órdenes, está indicado, hora por hora, el tiempo en que han de ejecutarse. Dígales también que si se detienen en beber ó en chismorrear y se retrasan por ello aunque sea cinco minutos, les costará el pellejo.

SER. (Salta indignado.) ¡Vaya si se lo diré! Y si hubiese uno que se atreviera á escupirme en cara por haberle insultado yo, le hablaré más fuerte aún. ¡Vaya si hablaré fuerte!

BLUN. (Confidencialmente á Petkoff.) ¿Quiere usted procurar que Saránoff hable como es debido con esos hombres?

PET. (Complaciente.) Descuide usted. (Con aire de importancia se dirige hacia la puerta, pero se para en el dintel.) A propósito, Catalina, vente tú conmigo. Tu aspecto les infundirá más respeto que el mío.

CAT. (Dejando su labor.) Creo también que es mejor. Yo les hablaré claro, mientras que tú solito no sabrías más que tartamudear. (Petkoff le abre la puerta, ella sale y él la sigue.)

ESCENA IV

BLUNTSCHLI y RAÍNA

BLUN. ¡Qué país! Hacen cañones de madera de cerezo, y los oficiales del ejército recurren á sus mujeres para mantener la disciplina. (Empieza á ordenar y recoger los papeles. Raína se levanta del diván y se pasea con aire decidido y mali-

cioso, con las manos cruzadas en su espalda, mirándole.)

RAÍNA Tiene usted ahora mucha mejor presencia que aquella noche en que nos encontramos por vez primera. (Él mira sorprendido.) ¿Qué ha hecho usted para ello?

BLUN. Pues sencillamente me he lavado, cepillado, peinado y he comido; eso es todo, señorita.

RAÍNA ¿Pudo usted escapar aquella mañana sin más peligros?

BLUN. Todo marchó admirablemente.

RAÍNA ¿Se enfadaron sus superiores porque huyera usted cuando la carga de Sergio?

BLUN. Al contrario, se alegraron de ello, porque todos hicieron exactamente igual.

RAÍNA (Se acerca á la mesa y se inclina sobre él.) Se divertirían mucho al oir esa historia de su salvación por mí y en mi cuarto.

BLUN. Bonita aventura en verdad. Pero se la conté á un hombre solo, á un antiguo amigo.

RAÍNA ¿Con la discreción de quien podía usted contar en absoluto?

BLUN. Ya lo creo.

RAÍNA Pues, á pesar de todo, se lo contó todo á mi padre y á Sergio el mismo día en que usted efectuó el cambio de los prisioneros. (Le vuelve la espalda y, con aparente indiferencia, va hacia el otro extremo de la habitación.)

BLUN. (Muy impresionado y medio incrédulo.) Pero, ¿habla usted en serio? Eso es imposible.

RAÍNA (Súbitamente seria.) Es como lo digo, sólo que los dos no saben que fué usted el protagonista de la aventura y que usted se refugió en esta casa. Si Sergio se enterara, le desafiaría y le mataría.

BLUN. ¡Caracoles! Entonces no se lo cuente usted.

RAÍNA (En tono de reproche.) Puede usted figurarse lo que significa para mí tener que engañar á Sergio. Quisiera ser perfecta para él, sin bajezas, sin maldades y sin engaños de ningún género. Mi amor por él es la parte más hermosa de mi vida; espero que usted lo comprenderá.

BLUN. Quiere usted decir que no le sería á usted agradable el que descubriera que la historia del helado de chocolate fué un... una... ya ya sabe usted.

RAÍNA (Sobrecogida.) ¡Ah! no hable usted de ello con esa ligereza. He mentido, lo sé, pero lo hice para salvarle á usted la vida. Sergio le hubiera matado á usted. Fué aquella la segunda mentira que dije en mi vida. (Bluntschli se levanta vivamente y mira á Raína con aire de duda y con alguna severidad.) ¿Recuerda usted la primera?

BLUN. ¿Yo? No. ¿Estuve yo presente?

RAÍNA Ya lo creo! Dije al oficial ruso que le buscaba á usted, que no estaba usted en mi cuarto.

BLUN. ¡Calla, es verdad! Debí recordarlo.

RAÍNA (Muy animada.) ¡Ah, comprendo que usted lo olvidara! A usted no le costó nada, pero á mí me costó una mentira... ¡una mentira!... (Se sienta en la otomana y mira fijamente en el vacío, con las manos cruzadas sobre una rodilla. Bluntschli se acerca á ella muy conmovido y se sienta á su lado con singular confianza.)

BLUN. No haga usted caso. Tenga usted en cuenta que soy militar. ¿Y cuáles son las dos cosas que le pasan á un militar con más frecuencia hasta el punto de que ya ni repara en ellas? La primera es oir á la gente decir mentiras, (Raína se sobrecoge.) y la segunda es que toda clase de gentes le salve la vida por todos los medios posibles.

RAÍNA (Protesta indignada.) Y así se hace un ser sin fe y sin gratitud.

BLUN. (Haciendo una mueca.) ¿A usted le gusta la gratitud? A mí no. Si la compasión y el amor son hermanos, en cambio el amor y la gratitud no son ni siquiera parientes lejanos.

RAÍNA ¡Gratitud! (Volviéndose hacia él.) Si es usted incapaz de sentir gratitud, entonces es usted incapaz de todo sentimiento noble. Hasta los animales son agradecidos. ¡Oh! ahora sé cómo me juzga usted. No experimentó usted sorpresa alguna al oirme mentir. Es-

taba usted convencido de que lo hacía yo á diario, á cada momento. ¡Así es como suelen los hombres juzgar á las mujeres! (Se pasea melodramáticamente por la habitación.)

BLUN. (Vacilando.) No sin alguna razón, señorita, dice usted que sólo dos veces ha mentido usted en toda su vida. ¿No le parece á usted que es muy poco? Yo soy de los hombres más verídicos que hay. Sin embargo, no recuerdo haber pasado un día sin una mentira.

RAÍNA (Mirándole con soberbio desdén.) Me ofende usted, señor capitán.

BLUN. Lo siento mucho. Cuando adopta usted esa actitud grandiosa y habla en tono tan elevado, la admiro... pero me es imposible creerla ni una sola palabra.

RAÍNA (Con soberbia.) ¡Caballero!

BLUN. A la orden.

RAÍNA (Va un poco hacia él como fuera de sí de sorpresa.) ¿Sabe usted lo que acaba de decir?

BLUN. Lo sé.

RAÍNA (Jadeante y con latiguillos.) De modo que yo, yo... Raína Petkoff, soy una mentirosa. (El queda imperturbable. De repente se sienta ella á su lado y cambiando completamente de tono y manera de ser, habla con calma y confianza.) Pero diga usted, ¿cómo me lo ha conocido usted tan pronto?

BLUN. (Sin vacilar.) Eso lo hace el instinto natural y la experiencia del mundo.

RAÍNA (Admirada.) ¿Sabe usted que es el primer hombre en mi vida quien no me toma en serio?

BLUN. Tal vez sea todo lo contrario y sea yo el único hombre quien la toma á usted muy en serio.

RAÍNA Puede, puede. (Hablando con tono cálido y confiado.) ¡Qué impresión más extraña hace oir hablar con sinceridad! Pues ha de saber usted que siempre fuí así; esa actitud digna y ese tono altisonante ya lo usaba de niña pequeña para con mi aya. Ella, la pobre, se creía que era mi manera de ser natural. También mis padres lo creyeron. Tomé la misma actitud delante de Sergio, y también él lo creyó.

BLUN. Sí, también él es un poco aficionado á ese papel.

RAÍNA (Sorprendida.) ¿Cree usted?...

BLUN. Debe usted conocerlo mejor que yo.

RAÍNA Cuánto daria por saber si él también es así. Si supiese que él... (Desanimada.) ¿Pero á qué? Desde que usted me ha conocido me desprecia

BLUN. (Se levanta y habla cariñosamente.) Nada de eso, nada, nada. Su manera de ser es una necesidad de su juventud, uno de sus encantos. Soy como todos los demás, como su aya, sus padres de usted y Sergio, soy uno de sus incondicionales admiradores.

RAÍNA (Contenta.) ¡De veras!

BLUN. (Golpeándose el pecho según modo alemán.) ¡Lo juro!

RAÍNA (Muy dichosa.) ¿Y qué pensó usted cuando le regalé mi retrato?

BLUN. ¿Su retrato? Si nunca me ha dado usted su retrato.

RAÍNA ¿Se atreverá usted á decir que no lo ha recibido?

BLUN. Y tanto como me atrevo. No he recibido nada. (Se sienta á su lado con creciente interés y dice con grande y cálida cordialidad.) ¿Y cuándo me mandó usted ese retrato?

RAÍNA (Indignada.) Mandar... no se lo mandé á usted. (Se vuelve de espaldas y añade como enfadada.) Estaba metido en un bolsillo del levitón.

BLUN. (Se muerde los labios y menea los ojos.) ¡Caramba, caramba! ¡Y yo no lo encontré! ¡Torpe de mí! Todavía estará en el dichoso levitón.

RAÍNA (Saltando.) ¿Qué dice usted? Mi papá lo hallará en cuanto se meta la mano en los bolsillos. ¿Cómo pudo usted ser tan torpe?

BLUN. (Levantándose también.) No se apure. Total no es más que un retrato. Nadie puede saber á quién iba destinado Si lo encuentra su papá, le dice usted sencillamente que él mismo se lo metió en el bolsillo.

RAÍNA (Impaciente.) ¡Qué listo es usted. Muchas gracias por sus consejos. Desgraciadamente...

BLUN. ¡Ah, comprendo! Escribió usted algo en dicho retrato. Eso ya cambia la cosa.

RAÍNA (Casi llorando.) ¡Y que yo haya hecho eso por usted! Por usted, á quien no le da un bledo de mí, quien no sabe más que burlarse de mí. ¿Tiene usted al menos la seguridad de que hasta ahora nadie ha visto el retrato?

BLUN. Completa seguridad no la tengo. Tenga usted presente que yo no podía llevar á todas partes conmigo aquella prenda; en el servicio activo no se puede tener mucho equipaje.

RAÍNA ¿Pues qué hizo usted con el levitón de mi papá?

BLUN. Quise ponerlo en un sitio seguro. En cuanto llegué á Pirot lo empeñé.

RAÍNA ¡Lo empeñó!

BLUN. Al parecer no fué muy decente el obrar así; pero déjese usted de tonterías. La casa de empeños es el sitio más seguro. Antes de ayer lo desempeñé. Sólo Dios sabe si el prestamista habrá registrado los bolsillos ó no.

RAÍNA (Furiosa.) Tiene usted un alma baja de hortera; piensa usted en cosas que nunca se le ocurrirían á un caballero.

BLUN. (Flemático.) Ese es el carácter racional suizo, señorita.

RAÍNA ¡Ojalá nunca se hubiese usted cruzado en mi camino! (Se sienta, muy enfadada, á la ventana. Entra Louka con un paquete de cartas y telegramas en una bandeja. Con su desahogo habitual se acerca á la mesa. Su manga izquierda está remangada hasta el hombro por medio de un lazo. Se ve su brazo desnudo, cuyo cardenal cubre imperfectamente un ancho brazalete de oro.)

ESCENA V

DICHOS y LOUKA

LOUKA (A Bluntschli.) Esto es para usted, señor. (Vierte el contenido de la bandeja en la mesa.) El cartero está esperando. (No quiere ser cortés para con un servio.)

BLUN. (A Raína.) ¿Me quiere usted dispensar un mo-

mento? Este correo ya es de tres semanas, así está de voluminoso. ¡Caramba, nada menos que cuatro telegramas retrasados de ocho días! (Las abre.) ¡Dios mío! ¡Malas noticias! ¡Sí, malas! ¡Dios mío!

RAÍNA (Se levanta y se acerca algo arrepentida.) ¿Malas noticias?

BLUN. Se ha muerto mi padre. (Mira un momento el telegrama con los labios cerrados, absorto.)

RAÍNA ¡Qué triste es eso! Lo siento mucho.

BLUN. Gracias. Dentro de una hora tendré que marcharme á Suiza. Mi pobre padre me ha dejado unos cuantos grandes hoteles de los que tendré que ocuparme. (Abre un sobre muy voluminoso azul.) Aquí viene una carta del notario. (Saca el documento y lo lee.) Bendito Dios, setenta... doscientos... (Con sorpresa creciente.) cuatrocientos... cuatro mil.. nueve mil seiscientos... ¿Qué voy yo á hacer con todo eso?

RAÍNA (Tímidamente.) ¿Nueve mil seiscientos hoteles?

BLUN. ¿Hoteles? ¡Qué! ¡Ah! si usted supiese... pero es demasiado ridículo. Dispense, tengo que tomar disposiciones para mi marcha. (Sale precipitadamente con el papel en la mano.)

ESCENA VI

RAÍNA y LOUKA

LOUKA (Burlona.) No tiene mucho corazón ese suizo, aunque quiere á los servios. No tuvo ni una palabra de dolor por la muerte de su pobre padre.

RAÍNA (Con amargura.) ¡Dolor! ¿Qué corazón quieres que tenga un hombre que se pasa la vida matando gente? ¿Qué le importará que muera su anciano padre? Un militar no puede tener corazón. (Va hacia la puerta luchando por reprimir las lágrimas.)

LOUKA El comandante Saránoff también es un militar y, sin embargo, creo que tiene un corazón sensible. (Raína desde la puerta la mira con desdén y sale.) ¡Ah, ya me figuré yo que no te

llamaba mucho la atención tu comandante. Pero á falta de pan, buenas son tortas... ó un suizo. (Se ríe del chiste y quiere salir, cuando entra Níkola con leña para la estufa.)

ESCENA VII

LOUKA y NÍKOLA

NÍK. (Sonriéndole amoroso) Toda la mañana te he buscado para verte á solas, niña de mi alma. (Su expresión cambia cuando repara en el brazo de Louka.) ¿Qué nueva moda es esa de remangarse así?

LOUKA (Con orgullo.) Una moda inventada por mí.

NÍK. Pues si la señora te ve así, menuda la que va á armar. (Tira la leña sobre la otomana y se sienta cómodamente al lado.)

LOUKA ¿No tienes otra cosa que decirme?

NÍK. Anda, ven. No seas tan ingrata para conmigo. Tengo algunas buenas noticias para los dos. (Saca unos billetes de banco del bolsillo.) Mira, un pápiro de veinte levas. Sergio me lo dió por pura fanfarria. ¡Si será primo! Este es de diez levas. Me lo dió el suizo por haber ayudado en las mentiras de la señora y de Raína. Ese no es tan primo. ¡Si hubieses visto á la señora en la cocina cómo me rogaba que dispensase el sofión que me llevé del amo, asegurándome que nunca había tenido un criado tan excelente como yo! Las veinte levas son para nuestros ahorros; las diez te las regalo para que las gastes en lo que quieras y para que me mires con algún cariño.

LOUKA (Con desprecio.) Por treinta levas vendes tu dignidad, y luego crees que vas á comprar la mía por diez. Guárdate tu dinero. Has nacido para sirviente, yo, no. Cuando tengas una tienda como es tu sueño dorado, tampoco serás un hombre libre, sino el criado de todo el mundo en vez de serlo de un solo amo, como ahora.

NÍK. (Recoge su leña y va hacia la estufa.) Eso ya lo veremos. Por las noches estaremos solitos, seré el amo en mi casa, eso te lo prometo. (Deposita la leña en el suelo y se arrodilla delante de la estufa.)

LOUKA No serás nunca el amo en la mía. (Se sienta altanera en la silla de Sergio.)

NÍK. (Volviéndose, de rodillas, lanza una mirada vaga en el vacío, humillado por el desdén implacable de Louka.) Eres muy ambiciosa, Louka. Si algún día la suerte te favorece, no olvides que fuí yo quien de tí hizo una mujer.

LOUKA ¿Tú?

NÍK. Sí, yo. ¿Quién te quitó la costumbre de llevar pelo postizo y teñirte de rojo las mejillas y los labios como las mujerzuelas? ¿Quién te enseñó á cortarte las uñas y cuidar de tus manos y lavarte á diario como una gran señora? Yo, yo, y yo. (Ella echa desdeñosa la cabeza para atrás, y él prosigue malhumorado.) Muchas veces me he dicho que si Raina no estuviese por medio y tú fueses un poquitito más lista, y Sergio sólo una miajita más tonto, los dos podríais un día contar entre mis mejores parroquianos, en vez de ser tú solamente mi mujer y costarme dinero.

LOUKA Creo que apenas valdrías para ser criado mio, no digamos pues que marido. En ese caso, podrías ganar más conmigo. Conozco tus nobles sentimientos.

NÍK. (Se arrima más á ella para hablar con tono más grave.) No te ocupes de mis sentimientos, pero sí escucha mis consejos. Si quieres hacerte señora, no basta tu modo de ser presente, es demasiado desahogado. El desahogo en cierto modo indica una familiaridad que puede ser interpretada como concesión de favores. Luego harás el favor de tampoco tratarme con desdén y orgullo. En eso eres como todas las muchachas del campo. Crees que se puede tratar á un ayuda de cámara (Se echa para atrás con orgullo.) como á un mozo de cuadra. ¿Crees que no hay categorías entre la servidumbre? También el criado puede ha-

cer carrera, y los caminos para ello no difieren de los del amo. Hay que saber doblegarse á las circunstancias. Eso es todo el secreto. Ten confianza en mí; yo sé lo que hay que hacer. Y si tienes suerte, siguiendo mis consejos, acuérdate de mí como yo de tí me acordaré. Los criados debemos ayudarnos los unos á los otros.

LOUKA. Mira, me estás reventando con tus consejos. Echa leña á la lumbre. Eso sí lo entiendes bien. (Antes de que Níkola pueda obedecer, entra Sergio, quien retrocede algo al ver á Louka; luego se acerca á la estufa.)

ESCENA VIII

DICHOS y SERGIO

SER. (A Níkola.) Supongo que no le estorbo en su trabajo.

NÍK. ¡Por Dios, nada, señor comandante! Estaba yo regañando á esta por su manía de ir á cada momento á la biblioteca. Es una falta de educación en ella. Quiere tomar las costumbres de los amos. (A Louka.) Arregla la mesa del señor comandante. (Sale calmoso. Louka, sin mirar á Sergio, empieza á arreglar los papeles de la mesa; se acerca despacio á ella y estudia con atención el brazo remangado.)

ESCENA IX

SERGIO y LOUKA

SER. Déjame ver, niña Parece que todavía tienes el cardenal. (Quita el brazalete y mira el cardenal. Ella no le mira, pero está al cuidado.) Pobrecita, ¿duele todavia?

LOUKA. Ya lo creo.

SER. ¿Puedo yo curar esa herida?

LOUKA. (Retira el brazo sin mirarle.) Ya no.

SER. ¿Estás segura? (Hace un movimiento como querien- abrazarla.)

SER. No juegue usted conmigo. Un oficial del ejército no debería entretenerse con una criada.

SER. (Tocando con el índice el cardenal.) Esto no fué juego, Louka.

LOUKA ¿Que no? (Le mira por primera vez.) ¿Se arrepiente usted?

SER. (Patético, cruzándose de brazos.) Yo nunca me arrepiento.

LOUKA Ojalá pudiese yo encontrar un hombre que no se parezca á una mujer. ¿Es usted verdaderamente tan valiente como dicen?

SER. Sí, soy valiente. Latió mi corazón como el de una mujer sólo al dispararse el primer tiro; pero, cuando la carga, recobré toda mi bravura. En eso sí que no miento.

LOUKA Y dígame, durante la carga ¿observó usted que los hombres de humilde condición fuesen menos bravos que los nobles y ricos como usted?

SER. Ni pizca. Todos se portaron como héroes. Desengáñate, chica; el coraje que nos manda enfurecernos y matar no cuesta mucho. Tengo yo un perro inglés que posee esa clase de coraje y valor en grado superlativo, y, sin embargo, se deja pegar por mi mozo de cuadra. Así son también los soldados en conjunto. Ellos son capaces de degollar á Cristo Padre, pero tiemblan ante sus superiores y se dejan abofetear y dar patadas. No chistan al ver que á sus camaradas se les castiga como á niños de la escuela. Tan campantes. Ya lo creo. Y lo que es peor, ayudan en ello cuando se los manda. Y no digamos de los oficiales. (Con una risa corta y amarga.) ¡Los oficiales: ja, ja, ja! Yo también soy oficial. Enséñame un hombre que no se deja doblegar y se opone, aun con riesgo de su vida, á hacer lo que va contra su conciencia. Ese hombre es un hombre de valor. Lo demás... mamarrachos.

LOUKA ¡Qué fácil es hablar! Parece que los hom-

bres nunca han de progresar. Siempre conservan las mismas ideas de cuando eran niños de la escuela. Tampoco usted sabe lo que es verdadero valor.

SER. (Irónico.) ¿De veras? Pues aprendería con gusto.

LOUKA Pues míreme usted á mí. Yo soy valiente.

SER. ¿Sí, eh? ¿Pues cómo lo demuestras?

LOUKA Pues ahí está precisamente. No tengo ocasión de demostrarlo. No puedo casi nunca, en mi humilde posición, demostrar voluntad propia. Pero yo quisiera ser emperatriz de Rusia; entonces ya vería usted, ya vería usted.

SER. ¿Qué harías, excelsa emperatriz?

LOUKA Lo que nadie. Tener voluntad propia. Me atrevería á todo. Me casaría con el hombre que me gustara, á lo qne no se atrevería ninguna soberana de Europa. Si por ejemplo le amase á usted, quien estaría por debajo de mí tanto como yo ahora estoy por debajo de usted, osaría ponerme al mismo nivel que mi súbdito é inferior. ¿Usted tendría ese valor si me amase á mí? ¡Quiá! Al contrario, si sintiese que empezaba á quererme, reprimiría ese sentimiento y no se atrevería á casarse conmigo. Se casaría con la hija de un hombre pudiente por miedo al qué dirán.

SER. ¡Mientes, nada de eso! ¡Vive Dios que no es como dices! Si te amase, aunque yo fuese el zar, te sentaría á mi lado en el trono. Sabes que amo á otra mujer, quien está por encima de tí como el cielo por encima de la tierra. Y tienes celos.

LOUKA ¡Yo celos! ¡Qué gracia! ¿Para qué? Dígame. Si ella nunca se ha de casar con usted. El hombre de quien le hablé á usted ha vuelto. Ella se casará con él, con el suizo.

SER. (Sobrecogido.) ¡El suizo!

LOUKA Un hombre que vale por diez como usted. Luego me vendrá usted á buscar á mí, pero yo le rechazaré también. No es usted bastante para mí. (Se vuelve hacia la puerta.)

SER. (Salta detrás de ella y la coge en sus brazos.) Mataré al suizo, y luego haré contigo lo que me plazca.

LOUKA (Sin hacer por soltarse.) O el suizo le matará á usted. En el amor ya le venció á usted. Quizás le venza también en el duelo.

SER. (Molesto.) ¿Crees tú posible que yo tenga por posible que *ella*, cuyos pensamientos peores están muy por encima de los mejores tuyos, que *ella* á espaldas mías escuche á otro hombre?

LOUKA ¿Tiene usted por posible que *ella* le creería al suizo si éste le contara que en este momento yo estoy en sus brazos de usted?

SER. (La suelta con desesperación.) ¡Maldita sea! ¡En todas partes no encuentro sino burla y escarnio! Mis propias acciones hacen ridículos mis pensamientos más sublimes. (Se golpea violentamente el pecho.) ¡Cobarde, embustero, loco de mí! ¿Debo suicidarme como un hombre ó seguir viviendo y burlarme de mí mismo? (Louka se vuelve otra vez hacia la puerta.) ¡Louka! (Se para ella cerca de la puerta.) No lo olvides: tú eres mía.

LOUKA (Calmosa.) ¿Qué significa eso? ¿Es acaso un insulto?

SER. (Mandando.) Significa que te quiero, que te he tenido aquí entre mis brazos y que volveré á querer tenerte. No sé si eso es un insulto ó no, ni me importa un bledo—tómalo como qúieras—pero (Con vehemencia.) no quiero ser un cobarde y un hablador. Si me place quererte, me atrevo, pese á Bulgaria entera, á casarme contigo. Cuando estas manos vuelvan á tocarte, serás mi mujer

LOUKA Veremos lo que hace. De todos modos no esperaré mucho.

SER. (Se cruza de brazos y se queda inmóvil en el centro de la habitación.) Si, lo veremos, y tú me esperarás. (Bluntschli entra muy atareado, con sus papeles en la mano, y deja la puerta abierta para Louka. Pasa á sentarse á la mesa de enfrente y le echa una mirada furtiva. Sergio, sin abandonar su actitud resuelta, le mira de frente; Louka sale y deja la puerta abierta.)

ESCENA X

SERGIO y BLUNTSCHLI

BLUN. (Absorto en sus papeles y ordenándolos.) No es fea la muchacha.

SER. (Serio, sin moverse.) Tengo que hablarle.

BLUN. Usted dirá.

SER. Me ha engañado usted. Es usted mi rival. No tolero á ningún rival. A las seis de la tarde estaré á caballo en el camino de Klisura, en el campo de ejercicios. Allí estaré con mi sable. ¿Me entiende?

BLUN. (Le mira con extrañeza, pero se queda sentado.) Ya lo creo que le entiendo. Esa proposición que me hace es de oficial de caballería. Yo soy artillero y puedo escoger las armas. Si yo voy allí, llevaré un cañón, y esta vez se disparará, se lo garantizo.

SER. (Ruborizándose, pero con mortal frialdad.) Tenga usted cuidado, caballero. En Bulgaria no tenemos la costumbre de gastar bromas con semejantes invitaciones.

BLUN. ¡Bah! No me hable usted de Bulgaria, ¡por Dios! Si no saben ustedes lo que es pelear. De todos modos, bueno, lleve usted su sable. Acudiré exacto.

SER. (Encantado de encontrar un adversario valeroso.) Perfectamente. ¿Quiere usted que le preste mi mejor caballo?

BLUN. No; ¡que el demonio se lleve su mejor caballo! De todos modos se lo agradezco. (Raína entra y oye lo que sigue.) Le esperaré á pie, pues á caballo presenta demasiados peligros. No le mataré si puedo evitarlo.

ESCENA XI

DICHOS y RAÍNA

RAÍNA ¿Qué oigo, Sergio? Se quieren ustedes batir. ¿Por qué? (Sergio se vuelve hacia la estufa sin

desplegar los labios y la observa, mientras ella, dirigiéndose á Bluntschli, repite:) ¿Por qué? Dígame.

BLUN. No sé. Saránoff no me lo quiso decir. Señorita, no se preocupe, no llegará la sangre al río. Soy profesor de esgrima y le prometo que no me tocará con su espada. Por mi parte tampoco le haré pupa. Mañana por la mañana estaré camino de mi país y no volverá usted á verme en la vida ni oir de mí. El y usted se arreglarán y vivirán felices uno con otro.

RAÍNA (Le vuelve la espalda muy ofendida, con un ligero temblor en la voz.) No he dicho nunca que deseaba volverle á ver.

SER. (Avanzando de repente.) ¡Ah, esa es una confesión!

RAÍNA (Altiva.) ¿Qué quiere usted decir?

SER. Usted ama á ese hombre.

RAÍNA (Indignada.) ¡Sergio!

SER Le ha permitido usted, á espaldas mías, hacerle á usted declaraciones de amor, lo mismo que á espaldas suyas quería usted tenerme por marido. Bluntschli, usted conocía nuestras relaciones y me engañó usted; por eso le pido satisfacción, no porque recibió favores que á mí fueron negados.

BLUN. (Sobresaltado indignado.) ¡Majaderías! Yo no he recibido favores algunos. La señorita no sabe siquiera si soy casado ó no.

RAÍNA (Olvidándose.) ¡Dios mío, está casado! (Cae sobre la otomana.)

SER. Usted ve la impresión que semejante posibilidad causa á esta señorita. Capitán, es inútil negar. Gozó usted el favor de ser recibido á altas horas de la noche en el dormitorio de Raína.

BLUN. (Interrumpiéndole con violencia.) No sea usted tonto, hombre. Es verdad que me recibió, pero poniéndole yo una pistola al pecho. La caballería búlgara me perseguía de cerca, y á esta señorita, si hubiese chistado, la hubiera yo matado.

SER. (Atónito.) Bluntschli... Raína... ¿es verdad eso?

RAÍNA (Levantándose majestuosa.) ¿Cómo puede usted atreverse?...

BLUN. (Vuelve á ocupar su sitio á la mesita.) Pida usted perdón, hombre, pida usted perdón.

SER (Con su acostumbrada prosopopeya, cruzándose de brazos.) Yo no pido perdón nunca.

RAÍNA (Con pasión.) Esa es obra de su famoso amigo, señor Bluntschli; él es quien difunde aquella indigna historia acerca de mí (Pasea muy agitada por la habitación.)

BLUN. No, aquel amigo está callado, ha muerto quemado vivo.

RAÍNA (Parándose.) ¿Quemado vivo?

BLUN. Recibió un balazo en la cadera estando encerrado en una leñera. De allí no pudo salir. Los búlgaros prendieron fuego á la leñera y le quemaron con otra media docena de pobres diablos, metidos también en aquella ratonera.

RAÍNA ¡Eso es terrible!

SER. Y ridículo. ¡Oh, guerra, guerra; ensueño de los patriotas y los héroes! ¡Eres un engaño, una sombra vana, una frase hueca, como el amor!

RAÍNA (Ofendida.) ¿Como el amor? ¡Eso lo dice usted delante de mí!

BLUN. Véngase usted, Saránoff, el incidente ha terminado.

SER. Repito: una frase hueca. Dígame, capitán, ¿habría usted vuelto aquí si entre los dos no hubiese pasado más que lo de la pistola? Raína se engaña en lo del amigo incinerado; no fué él quien me lo contó todo.

RAÍNA ¿Quién, pues? (Súbitamente adivinando.) ¡Ah, ya sé, Louka, mi doncella! Estuvo usted á solas con ella después del almuerzo. ¡Dios mío, ese es el ídolo que yo adoré! (Sergio se alegra sardónicamente del desencanto de Raína. Ella se acerca más y dice en voz baja é irritada:) ¿Sabe usted que desde la ventana, al volverme para echar una última mirada á mi héroe, ví algo que antes no comprendí? Ahora sé que estaba usted haciendo el amor á Louka.

SER. (Con humor sarcástico.) ¿De modo que lo notó usted?

RAÍNA Demasiado. (Le vuelve la espalda y se deja caer, rendida de tanta emoción, sobre el diván de la ventana central.)

SER. (Cínico.) Raína, nuestro poema concluyó; la vida es una farsa.

BLUN. (Bonachón.) ¿Ve usted ahora? Por fin se ha conocido.

SER. Capitán, le permití á usted que me llamara imbécil, ahora puede usted también llame cobarde. Me niego á batirme con usted. ¿Sabe usted por qué?

BLUN. No, pero no importa. No pregunté antes por qué me desafiaba y no pregunto ahora por qué se vuelve atrás Soy militar profesional, quiere decir que me bato siempre que tenga que batirme; pero siempre me alegro mucho cuando puedo evitar el combate. Usted es sólo un aficionado y se figura que el batirse es un placer.

SER. A pesar de todo, militar profesional, le voy á decir á usted la razón: dos hombres, dos hombres de verdad, hombres de corazón, de honor y de valor, pueden batirse en condiciones de igualdad. Pero con usted no podría yo batirme, lo mismo que no podría hacer una declaración de amor á una mujer fea. Le falta á usted toda atracción para el duelo. Usted no es un hombre... Usted es una máquina de combate.

BLUN. (Asintiendo.) Esa es la pura verdad. Yo siempre he sido así. Lo siento, ¿qué le vamos á hacer? Pero ahora que se ha persuadido usted de que la vida no es una farsa, sino algo tangible y muy serio... ¿qué se opone aún á su dicha?

RAÍNA (Levantándose.) ¡Cuánto se preocupa usted por nuestra felicidad! ¿Olvidó usted el nuevo amor de Sergio á... Louka? Ahora no tendrá que batirse solamente con usted, sino también con su otro rival... con Níkola.

SER. (Golpeándose la frente.) ¡Níkola! ¡Mi rival.

RAÍNA ¿No sabe usted que es el novio de Louka?

SER. ¡Níkola! ¿Se abren nuevos abismos? ¡Níkola!

RAÍNA (Sarcástica.) Otro rival indigno de batirse con usted.

SER. (Perdiendo toda moderación.) ¿Callarás, mujer diabólica? (Corre á un lado y á otro, echando espumarajos.)

BLUN. Hombre, no se sulfure. Que lleva la peor parte.

RAÍNA (Iracunda.) ¿Sabe usted lo que ha hecho, capitán? Nos ha hecho espiar por esa mujer y para recompensarla le ha hecho el amor.

SER. ¡Falsa! ¡Monstruo!

RAÍNA Monstruo... (Desafiándole con la mirada.) ¿Puede usted negar que Louka le haya dicho que el capitán Bluntschli estuvo en mi cuarto?

SER. No, pero...

RAÍNA (Interrumpiéndole.) ¿Puede usted negar que usted le hacía declaraciones amorosas cuando ella le dijo eso?

SER. No, pero le digo...

RAÍNA (Interrumpiéndole con más violencia.) Es inútil que me diga más. Basta con lo dicho. (Se vuelve majestuosamente al diván.)

BLUN. (Mientras Sergio, aniquilado, se deja caer en la otomana y se coge la cabeza entre las dos manos, le dice muy caluroso.) ¿No le dije á usted, Saránoff, que llevaba la peor parte?

SER. (Hacia Raína.) ¡Corazón de tigre!

RAÍNA (Corriendo agitada hacia Bluntsehli.) ¿Oye usted cómo me pone, capitán?

BLUN. Eso no me choca, señorita. De algún modo se ha de desahogar. Venga usted acá. Nada de reñir. ¿Qué se saca de todo ello? (Raína se sienta de repente en la otomana y después de esfuerzos vanos por mirar enfadado á Bluntsehli se rinde á lo cómico de la situación y á duras penas puede reprimir la risa.)

SER. ¡La novia de Níkola! (Se levanta y lanza una breve carcajada. Se acerca á la estufa y se pone de espaldas á ella.) ¡Amigo Bluntschli, qué bien hace usted en tomar con tanta calma todas las imposturas del mundo!

RAÍNA (A Bluntschli.) Paréceme, capitán, que nos toma usted por dos niños grandes.

SER. (Lanzando una carcajada amarga.) ¿Qué duda cabe? La civilización suiza se ríe de la barbarie búlgara.

BLUN. (Ruborizándose.) Nada de eso, les aseguro. Solo me alegro de que por fin se tranquilicen algo. Vengan ustedes, seamos amables, dejémonos de tonterías y arreglémoslo todo amistosamente. ¿Dónde está esa muchacha?

RAÍNA Escuchando á la puerta, regularmente.

SÉR. (Se encoge como alcanzado por una bala, y dice con profunda, pero fría indignación:) Voy á probar que por lo menos esa es una calumnia. (Va con dignidad hacia la puerta y la abre. Un grito de rabia escapa de sus labios después de mirar afuera. Se precipita en el pasillo y vuelve, arrastrando detrás de sí a Louka á quien empuja violentamente hacia la mesa.) Juzgue usted á esa miserable, Bluntschli; usted, usted, el hombre sereno é imparcial. Juzgue á esa escuchona. (Louka permanece tiesa, desdeñosa y tranquila.)

BLUN. (Meneando la cabeza.) No me compete juzgarla. Yo mismo escuché una vez detrás de una tienda de campaña, cuando en ella se estaba tramando un motín. Es solo una cuestión de oportunidad, según lo que nos va en ello. Se trataba de mi vida.

ESCENA XII

DICHOS y LOUKA

LOUKA Se trataba de mi amor. (Sergio se sobrecoge y se avergüenza de ella contra su voluntad.) No tengo para qué avergonzarme.

RAÍNA ¿Su amor? Querrá usted decir su curiosidad.

LOUKA (Mirándola de frente, agresiva.) Sí, mi amor, que es mayor que todo el que pueda usted sentir por su soldado de chocolate.

SER (A Louka.) ¿Qué significa eso?

LOUKA Pues significa...

SER. (Interrumpiéndola, como comprendiendo de repente.) ¡Ah! ya caigo. El helado de chocolate. ¡Qué broma más tonta, muchacha! (Petkoff entra en mangas de camisa.)

ESCENA XIII

DICHOS y PETKOFF

PET. Dispénsenme que me presente así, señores. Raína, alguien se ha puesto mi levitón, no me cabe duda, alguien que tiene los hombros más anchos que yo. En la espalda se ha abierto la costura. Tu madre la está cosiendo. Espero que no tardará en concluir, si no voy á coger un resfriado. (Los mira con atención.) Pero, ¿qué pasa?

RAÍNA Nada. (Se sienta cerca de la estufa con aire indiferente.)

SER. Absolutamente nada. (Se sienta en una esquina de la mesa.)

BLUN. (Queda sentado.) Nada, nada.

PET. (Se sienta en la otomana como antes.) Bien, pues. (Repara á Louka.) ¿Desea usted algo, muchacha?

LOUKA Nada, señorito.

PET (Jovial.) Muy bien. (Estornuda.) ¡Caramba! Vaya usted á la señora que le dé mi levitón. (Se vuelve Louka y va á obedecer cuando Níkola entra con el levitón. Ella hace como que tiene que hacer en la habitación y coloca la mesita con la pipa cerca de la pared junto á la ventana.)

RAÍNA (Al ver entrar á Níkola con el levitón se levanta rápidamente.) Aquí tienes tu levitón, papá. Démelo, Níkola, y eche leña á la estufa. (Coge el levitón y se lo lleva á su padre, quien se levanta para ponérselo. Níkola espera junto al fuego.)

ESCENA XIV

DICHOS y NÍKOLA

PET. (A Raína, con amabilidad.) Vaya, niña, cómo me cuidas. Será para celebrar mi regreso de la guerra.

RAÍNA (Con tono de reproche solemne.) ¡Papá, cómo puedes decir eso!

PET. Vamos, fué una bromita... Ya sé que me cuidas siempre. (Ella le besa.) Dame eso.

RAÍNA No, te ayudaré á ponértelo. Vuélvete. (Se vuelve y busca las mangas con los brazos. Raína saca rápidamente la fotografía de un bolsillo y se la tira á Bluntschli encima de la mesa; éste la tapa, á la vista de Sergio, con un montón de papeles. Sergio lo mira con extrañeza, mientras sus sospechas llegan al paroxismo. Luego, Raína ayuda á Petkoff á ponerse la prenda.) Así, papaíto. Ahora estás bien, ¿verdad?

PET. Al pelo, hija mía; gracias. (Se sienta. Raína vuelve á su asiento cerca de la estufa.) A propósito, he descubierto algo extraño en mi bolsillo. No se lo que significa, hija mía. (Se mete la mano en el bolsillo.) ¡Caracoles! ¿Qué es eso? (Busca en el otro bolsillo.) ¡Demonios! pues hubiese jurado... (Muy escamado, busca en el bolsillo del pecho.) No comprendo... (Volviendo á meter la mano en el primer bolsillo.) ¿Dónde estará?... (De repente le parece comprender.) ¡Ah, ya; tu madre la habrá cogido!

RAÍNA Pues, ¿qué?

PET. Tu fotografía con la dedicatoria: «Raína á su soldado de chocolate.» Antójaseme que allí hay gato encerrado y quiero aclararlo. (Gritando.) Níkola.

NÍK. (Echando un leño á la lumbre, se vuelve.) ¿Qué manda el señor?

PET. ¿Has estropeado tú esta mañana alguna obra de repostería hecha por mi hija?

NÍK. Lo que el señor oyó. La señorita Raína lo dijo.

PET. Idiota, sé que lo dijo. Lo que quiero saber es si es verdad.

NÍK. Creo que la señorita Raína es incapaz de faltar á la verdad, señor.

PET. ¿Lo crees? Pues yo no creo que lo creas. Ni creo que sea así. (Volviéndose á los demás.) Vamos, á mí no me la dan. (Le pone á Sergio la mano sobre el hombro.) Pillín, el soldado de chocolate es usted.

SER. ¡Yo, un soldado de chocolate! Nada de eso.

PET. ¿Que no? (Echa una mirada á todos; todos están muy serios y atentos.) ¡Quiere eso decir que Raína regala su fotografía á otros hombres?

SER. (Misterioso.) La vida no es una cosa tan sencilla como creemos, querido Petkoff.

BLUN. ¡Ea, pecho al agua! ¡El soldado de chocolate soy yo! (Petkoff y Sergio se miran atónitos.) Esta amable muchacha me ha salvado la vida. Me dió bombones de chocolate cuando estaba yo muriéndome de hambre. Nunca olvidaré esos *fondants*, aunque viva cien años. Mi difunto amigo Stolz le contó á usted la historia en Pirot; el fugitivo fuí yo.

PET. ¡Usted! (Ronco.) ¿Sergio, se acuerda usted qué cara ponían esta (Enseñando á Raína) y su madre cuando contamos la historia esta mañana? ¡Cómo se indignaban! Vamos, vamos, vamos... (A Raína, con severidad.) ¡Sabes que eres una alhaja de muchacha!

RAÍNA (Con amargura.) El comandante Saránoff no es ya mi novio, y cuando escribí esa dedicatoria, no sabía yo que el capitán Bluntschli era casado.

BLUN. Yo no soy casado.

RAÍNA ¿No lo dijo usted antes?

BLUN. No dije tal cosa. En toda mi vida he sido yo casado, créame.

PET. (Fuera de sí.) Raína, ¿quieres hacerme el favor de decirme si es pedir demasiado el que me digas de una vez quién de esos dos caballeros es tu novio?

RAÍNA Pues, ninguno de ellos. Esta señorita (Enseñando á Louka que mira á todos con orgullo.) es por ahora el objeto del amor del comandante Saránoff.

PET ¡Louka! Pero, Sergio, ¿se ha vuelto usted loco? ¿No sabe usted que esta muchacha se va á casar con Níkola?

NÍK. (Avanzando.) Dispense el señor, no tengo nada que ver con Louka.

PET. ¡Que no tiene nada que ver contigo! ¡Qué me dices, granuja! ¿No te dí veinticinco levas el día que os tomásteis los dichos?

NÍK. Tomé el dinero, pero los dichos no. Fué una estratagema para tapar á Louka. Yo sabía que se había de casar con el señor comandante. (*Mira á Saránoff*) Como sabe el señor, tengo la intención de abrir una tienda en Sofía y por eso, pensando en que Louka, una vez casada con un señorón, sería buena parroquiana, la ayudé. (*Sale discretamente, todos le miran atónitos.*)

ESCENA XV

DICHOS, menos NÍKOLA

PET. (*Interrumpiendo el silencio.*) ¿Conque, esas tenemos? No vuelvo de mi asombro.

SER. La actitud de ese hombre ó es noble heroísmo ó ruín é interesada bajeza. Usted, Bluntschli, dirá lo que es.

BLUN. No se preocupe usted de si es bajeza ó heroísmo. Lo que sí puedo decirle es que Níkola es el hombre de más talento que hasta ahora he conocido en Bulgaria... mejorando lo presente. Le haré director de uno de mis hoteles.

LOUKA (*De repente, á Sergio.*) Aquí todo el mundo me insulta. Usted mismo empezó. Tiene usted obligación de reparar su culpa. (*Sergio, como un mecanismo cuyo resorte se tocó, se cruza de brazos.*)

BLUN. (*Antes de que Sergio pueda hablar.*) Inútil, hija, inútil; este caballero no pide perdón nunca.

LOUKA A sus iguales ó á sus enemigos, nunca; pero á mí, su pobre servidora, no le negará una excusa.

SER. (*Asintiendo.*) Tienes razón. (*Se pone en una rodilla y dice en su acostumbrada manera patética.*) Perdóname, Louka.

LOUKA Le perdono. (*Le presenta tímidamente la mano que él besa.*) Puesto que me tocó, soy su mujer.

SER. (*Levantándose precipitadamente.*) ¡Oh, esto lo había yo olvidado!

LOUKA (Con frialdad.) Puede usted volverse atrás si quiere.

SER. No me vuelvo nunca atrás. Eres mía. (La abraza. Catalina entra, ve á Louka en los brazos de Sergio y se queda atónita como los demás.)

ESCENA XVI

DICHOS y CATALINA

CAT. ¡Jesús! ¿Qué es eso? (Sergio suelta á Louka.)

PET. Pues nada. Que Sergio, según parece, tiene ahora la intención de casarse con Louka en vez de con Raína. (Catalina quiere precipitarse indignada hacia Petkoff, quien la detiene y exclama:) No me regañes á mí, que yo no tengo la culpa de nada. (Se retira hacia la estufa.)

CAT. ¡Casarse con Louka! Sergio, usted está comprometido con nosotros. Tenemos su palabra.

SER. (Cruzándose de brazos.) No estoy comprometido.

BLUN. (Muy contento por ese comportamiento razonable.) ¡Muy bien, Saránoff, vengan esos cinco! Su heroísmo ha tenido la victoria final. (A Louka.) Niña hermosa, reciba usted las felicitaciones de un buen republicano. (Besa la mano á Louka con espanto de Raína.)

CAT. (Amenazadora.) Louka, usted ha chismorreado.

LOUKA No he causado ningún daño á Raína.

CAT. ¡A Raína! (Tanto ella como Raína están indignadas de esa familiaridad.)

LOUKA Tengo el derecho de llamarla Raína, como ella me llama Louka. Dije yo al comandante Saránoff que no se casaría nunca con él si volvía ese caballero. (Enseñando á Bluntschli.)

BLUN. (Sorprendido.) ¿Qué dice usted?

LOUKA (Volviéndose hacia Raína.) Creí conocer que le quería á usted más que á Sergio. Usted sabrá si me equivoqué ó no.

BLUN. ¡Qué tonterías está hablando esa muchacha! Le aseguro á usted, señora, que su encantadora hija no hizo más que salvarme la vida,

nada más. Nunca he notado que hiciera caso de mí. ¿Cómo también?, mírenla ustedes á ella y luego á mí. Ella rica, joven, hermosa, con su fantasía henchida de hazañas heróicas y príncipes encantados, cargas de caballería y qué sé yo. Yo, yo, un simple militar suizo que, después de quince años de vida de cuartel, ya no sabe lo que es una existencia ordenada; un vagabundo, un hombre que ha sacrificado todas las esperanzas de su vida á una incorregible disposición romántica, un hombre...

SER. (Interrumpe extrañado á Bluntschli.) Dispense usted. ¿Qué dice usted que destruyó las esperanzas de su vida?

BLUN. (Sin vacilar.) Una incorregible disposición romántica. De niño me escapé dos veces de mi casa paterna. Me hice militar en vez de seguir el negocio de mi padre. Escalé el balcón de esta casa en vez de ocultarme en cualquier sótano, como lo hubiese hecho una persona con sentido común. Volví aquí, cuando cualquier otro hombre de mi edad se hubiese contentado con devolver el levitón...

PET. ¡Mi levitón!

BLUN. Sí, su levitón. Me parece que cualquiera lo hubiese devuelto sencillamente y se hubiese marchado á su casa sin meterse en más músicas. ¿Puede usted figurarse que una muchacha pueda enamorarse de un hombre como yo? Comparen ustedes solamente nuestras edades. Tengo treinta y cuatro años. No creo que su hija tenga más de la mitad. (Esto extraña á todos, porque Raína tiene bastantes años más.) Toda esa aventura cuya terminación para mí significó la vida ó la muerte, para ella fué sólo un juego con bombones de chocolate, un juego al escondite. Esta es la prueba. (Coge la fotografía de entre los papeles.) Les pregunto á ustedes: una mujer que hubiese tomado en serio nuestro encuentro, ¿le iba á poner semejante dedicatoria: «Raína á su soldado de chocolate

como recuerdo?» (*Levanta la fotografía triunfalmente como si estuviese persuadido de que había convencido á todos.*)

PET. Caramba, esta es la fotografía que yo buscaba antes. ¿Cómo ha ido á parar allí?

BLUN. (*A Raína, con mucha amabilidad.*) Ahora sí que lo arreglé todo, ¿verdad?

RAÍNA (*Furiosísima.*) Estoy conforme con todo lo que cuenta de sí. ¡Es usted un chiflado romántico! (*Bluntschli retrocede asustado.*) La próxima vez espero que conozca usted la diferencia entre una chica de la escuela de diecisiete años y una mujer de veintitrés.

BLUN. ¡Veintitrés! (*Ella le arrebata la fotografía de las manos, la hace pedazos y le tira los pedazos á los pies.*)

SER. (*Muy contento dél descalabro de su rival.*) ¡Ay, Bluntschli, mi última creencia se fué! Su famosa sagacidad también es una ilusión. Es usted aún más tonto que yo.

BLUN. (*Hondamente impresionado.*) ¡Conque veintitrés! (*Reflexiona y toma una rápida decisión.*) En ese caso, mi comandante, (*Se dirige á Petkoff.*) le pido con toda formalidad la mano de su hija, en sustitución del comandante Saránoff.

RAÍNA ¿Se atreve usted?

BLUN. Si tenía usted veintitrés años cuando me dijo aquellas cosas esta tarde, entonces las tomo en serio.

CAT. (*Altiva y cortés.*) Dudo mucho, caballero, que pueda usted ofrecer á mi hija la posición que ocupa el comandante Saránoff, cuya sustitución pretende. Los Petkoff y los Saránoff son conocidos por las dos familias más ricas y consideradas del país. Nuestros apellidos son casi históricos. Ocupamos esta posición desde hace más de veinte años.

PET. Deja eso, Catalina. (*A Bluntschli.*) Su proposición, Bluntschli, nos agradaría sobremanera, si se tratase únicamente de su posición. Pero tenga usted en cuenta que Raína está acostumbrada á vivir á lo grande. Sergio tiene veinte caballos.

BLUN. ¡Por Dios! ¿para qué querrá veinte caballos? ¿Es que quiere poner un circo?

CAT. (Severa.) Mi hija, señor capitán, está acostumbrada á una cuadra de primer orden.

RAÍNA Pero, mamá, me estás poniendo en ridículo.

BLUN. Ah, eso es otra cosa. En el momento que se trata de una caballeriza en grande, soy el hombre de la situación. (Va con orgullo hacia la mesa y coge allí los papeles del sobre azul.) ¿Cuántos caballos ha dicho usted?

SER. Veinte, noble suizo.

BLUN. Yo tengo doscientos caballos. (Todos se quedan atónitos.) ¿Cuántos carruajes tiene usted?

SER. Tres.

BLUN. Yo tengo setenta. Veinticuatro de ellos tienen doce asientos interiores y dos en la vaca, sin contar el mayoral y el zagal. ¿Cuántos manteles posee usted?

SER. ¿Cómo, demonios, voy yo á saber eso?

BLUN. ¿Tiene usted cuatro mil?

SER. Seguramente que no.

BLUN. Pues yo sí. Tengo nueve mil seis cientos pares de sábanas y mantas de lana, con cuatrocientas colchas de seda. Tengo diez mil cuchillos y tenedores y la misma cantidad de cucharillas de postre. Tengo seiscientos criados. Tengo seis hoteles, palacios, amén de dos grandes caballerizas, un jardín para tomar el té y una casa de campo. Tengo cuatro medallas por servicios distinguídos. Tengo la categoría de oficial del ejército y la posición social de un caballero. Poseo, además, tres lenguas maternas. ¡Enséñeme alguien en Bulgaria que pueda ofrecer tanto!

PET. (Con admiración infantil.) ¡Es usted acaso el emperador de Suiza!

BLUN. Mi categoría es la más alta que se conoce en mi nación. ¡Soy un ciudadano libre!

CAT. Entonces, caballero, puesto que mi hija le ama, no quiero oponerme á su felicidad. (Petkoff se queda mudo de admiración.) Mi marido opina lo mismo.

PET. Con mucho gusto. ¡Caracoles, doscientos caballos!

Precio: DOS pesetas